



PARÁSITOS CÒSMICOS

LAW SPACE

PARÁSITOS CÓSMICOS

Parásitos Cósmicos

por

Law Space

o-O-o

EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

Depósito legal B. 6620 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA — Pasaje de Núria, 8 — BARCELONA

ANTES DE EMPEZAR

El hombrecillo entró en mi despacho y Lukas, a su espalda, cerró silenciosamente la puerta; pero, antes de que su rostro desapareciese, me percaté de la aprehensión que había en él.

Miré al hombrecillo.

Iba lastimosamente vestido y la saciedad y el abandono eran como un denominador común en su aspecto. Delgado, de rostro huesudo y cubierto por una barba que era blanca en muchos islotes, poseía una nariz aguileña y, sobre ella, un par de ojos saltones, intensamente negros y dotados de un brillo metálico.

Le señalé uno de los butacones:

—Siéntese.

Lo hizo, conservando la cartera negra, de hule desconchado y ajado, que llevaba en las manos y que apretaba fuertemente contra su raída chaqueta, cerrada hasta el último botón.

Yo estaba indeciso y algo molesto; por eso, para romper el lúgubre silencio que reinaba en la estancia.

—-¿Fuma usted? — pregunté, señalando la cigarrera.

—No.

Hubo una nueva pausa, tan larga y embarazosa como la primera.

Estaba empezando a ponerme nervioso.

—Bueno — dije, intentando una sonrisa de cordialidad—, usted dirá, míster...

—Me llamo Archibald Nelson Raskov — dijo.

—Y yo...—empecé con intención de presentarse.

Pero me cortó con un gesto de su prominente mentón.

—No hace falta. Sé que es usted Law Space.

— ¿Me conoce?

—He leído algunos de sus libros.

—¿Y cuál es el motivo de su visita, señor Raskov?

Sus ojos bailaban en el interior de sus órbitas, inquietos, como animados de un movimiento continuo,

—Tengo una máquina del tiempo —dijo.

Iba a sonreír, pero no lo hice. También pensé pulsar el botón y decir a Lukas que avisase a un psiquiatra.

—No me cree — dijo el hombrecillo —. Y es natural.

Aquellas últimas palabras me tranquilizaron un poco.

—De verdad — repuse intentado sonreír de nuevo —, es bastante difícil creer una cosa así y hasta concebirla, sobre todo en nuestra época. Ya comprenderá usted que...

—Lo comprendo todo — volvió a interrumpirme —; pero es verdad: tengo una máquina del tiempo.

Me encogí de hombros, lo más disimuladamente posible; luego, dispuesto a soportar los diez minutos que pensaba concederle, pregunté:

—¿La ha inventado Usted?

—No.

Y después de pasarse la lengua por sus resecos labios explicó:

—La compré en una casa de antigüedades de la ciudad. No sabía lo que era... hasta anoche.

— ¿La compró sin saber lo que era?

—¿Me llamó la atención su forma extraña... el hombre de la tienda me la vendió creyendo que era un aparato de radio de galena.

Me permití el lujo de sonreír.

—Creí que nadie se interesaba ya por esa clase de aparatos.

—Yo sí. Tengo muchos en mi casa... una manía como otra cualquiera.

—Comprendo.

—Anoche, cuando deseaba ver si el aparato funcionaba, abriendo la caja, vi que no se trataba de lo que yo creía, el interior estaba lleno de cables y tubos de una complejidad extraordinaria. Decepcionado, volví a cerrar la caja de madera y entonces, de una manera inconsciente, miré el dial, casi completamente borrado por la acción del tiempo, extrañándome de ver que había una serie de fechas escritas allí.

»Las que pude leer claramente fueron las de los años dos mil diez, dos mil once y dos mil trece.

— ¿No se trataba de anotaciones de otro orden?

—También lo creí yo.

—¿Entonces?

—Yo estaba muy lejos de pensar en que se trataba de una de esas máquinas; de todos modos, y sin saber exactamente por qué, empujé la aguja del dial hasta colocaría junto al dos mil once...

—¿Qué sucedió?

—-Hubo un zumbido, bastante desagradable; después, una llamarada que me cegó, obligándome a alejarme de la mesa y del aparato. Una nube densa llenaba mi habitación. Me vi obligado a abrir las ventanas y esperar a que el humo se fuese. Entonces...

—¿Entonces qué? — pregunté con ansiedad manifiesta,

—La caja se había quemado casi completamente; pero, sobre la

mesa, había un libro.

—¿Un libro?

—Sí... Lo examiné y lo leí. Era un libro editado en Londres en el año dos mil diez. Había muchas páginas quemadas, ya que tuve que coger el libro sobre la caja, que ardía; pero, de todos modos, gran parte de él se puede leer aún, a pesar de ciertas expresiones que nosotros no empleamos.

— ¿Y ese libro?

Fue la primera vez que sonrió y, al hacerlo, mostró una boca desdentada.

—Lo tengo aquí — dijo.

Miré, con aprensión y respeto, la cartera de hule.

Hubo un largo silencio.

—¿De qué trata?

—En un libro de medicina — repuso —, Su título es: «Tratado de las Enfermedades Cósmicas», pero está casi por completo dedicado a un caso acontecido en mil novecientos noventa y nueve.

— ¿A los astronautas?

—No. A la Tierra entera.

— ¿Una invasión?

Volvió a sonreír.

—No, no se trata de una invasión, sino de algo muy distinto.

— ¿Una enfermedad?

—Sí, en cierto modo. Pero no se preocupe: he venido a dejarle el libro.

Olfateé «el sablazo».

—¿Cuánto quiere por él?

—Nada.

Me asombré, sinceramente, sin saber qué pensar; pero él salió en mi ayuda.

—Quiero, solamente, que escriba algo sobre eso. Si puede servir para prevenir a la Humanidad, para hacer que se tomen las medidas pertinentes, antes de que llegue esa fecha fatal, estaré satisfecho.

—Es muy noble por su parte; pero como de todos modos mi editor va a pagarme...

—Es igual.

Abrió la cartera, de la que sacó un envoltorio que dejó sobre mi mesa.

No me atreví a tocarlo.

—No sé si puedo admitirlo... — musité.

Hubo una luz húmeda en sus, ojos.

—Se lo ruego, míster Space.

—Bueno. Pero ¿de verdad que usted no necesita nada?

—No, muchas gracias. Lo único que le ruego es que mencione el origen del libro.

Me sonrojé.

—De eso no quiero que dude, señor Raskov. Jamás sería capaz de apropiarme de una idea sin mencionar a su verdadero autor.

—Ya lo sé, amigo mío.

Se puso en pie.

—Ahora, si me lo permite...

Estreché su huesuda mano e hice que Lukas le acompañase.

Cuando la puerta del despacho se cerró, desplegué el paquete.

Ahí estaba el libro.

Pero mi sorpresa fue más grande al abrir sus tapas de burdo cartón y ver que se trataba de una serie de hojas mecanografiadas. Verdad que, al pie del título, había unas líneas que decían: «Publicado en la Gran Nueva York en el Año 2010.»

Pasé a la primera página.

Durante dos largas horas, sin interrumpirme leí el contenido de aquellas páginas. Tan ensimismado estaba que no noté, hasta el final, que había un pape] doblado entre la última página y la tapa de cartón.

Era una carta:

> «Querida madre;
>
> »Sé que estarás muy contenta al recibir estas líneas, porque no puedo escribirte con toda la frecuencia que desearía. ¡Ya ves lo que cuesta la celebridad! Tú siempre deseabas que tu hijo se convirtiese en un hombre famoso, sin darte cuenta de que la fama trae obligaciones que hasta llegan a impedir que uno pueda escribir a su madre.
>
> »Te envié mis últimos libros y espero que te gusten. Me dices que no comprendes cómo puedo firmar con ese nombre y no poner el mío. ¿Qué quieres? Los editores son así y no quisieron que emplease el mío, por cuestiones comerciales, obligándome a hacerlo con el de LAW SPACE; pero, de todos modos, estoy satisfecho y nada importa, en el fondo, que el nombre, el pseudónimo, no se parezca en nada al nombre verdadero. Tú sabes que esos libros los he hecho yo y eso es lo que importa.
>
> "Pronto aparecerá lo que considero como mi obra más importante y personal. Se titulará «Parásitos Cósmicos» y en su prólogo aparecerá mi verdadero nombre, disfrazado en una entrevista imaginaria. He escrito ese libro pensando en

darte una satisfacción: que veas mi nombre junto al que empleo al firmar mis novelas...»

El resto no tenía importancia.

No pude evitar que una congoja sincera se apoderase de mí. Porque no era aquél el único caso que yo conocía y en todos ellos había como la protesta de una terrible frustración.

No era difícil imaginarse los miles de cartas que, como la de Archibald, cruzaban el mundo, cargadas con aquellas piadosas mentiras que, al mismo tiempo, tenían la misión de poner un poco de sonrisa en un rostro ansioso, de llenar de luz la tiniebla oscura de un ambiente.

«Estoy prosperando muchísimo...»

«Pronto seré subdirector...»

«Mis negocios marchan maravillosamente bien...»

«!Ya soy médico, mamá...!»

¡Cuántas y cuántas ilusiones truncadas que la distancia permite creer sobre la nívea superficie del panel!

Porque, después de todo, ¿qué hacemos nosotros al escribir una novela? ¿No habrá, entre líneas pergeñadas en los caracteres de los personajes que creamos, muchas de esas ilusiones, de esas cosas «que quisimos ser»?

Todos hemos escrito una de esas «cartas de Archibald», complaciéndonos en hacer «realidad momentánea», el mundo que soñábamos sería así.

Por eso, pensando en esta pobre criatura que se pasa la vida soñando y deseando, escribiendo «cartas de Archibald», copié el manuscrito del hombrecillo que, en la miserable buhardilla, soñó un día por convertirse en un autor de Anticipación Científica.

LAW SPACE



CAPÍTULO PRIMERO


L mundo estaba emocionado.

Y aterrado.

Todas las miradas se elevaban al espacio donde, desde hacía unas horas, un hombre viajaba en el interior de un Satélite Artificial.

¿Que quién lo había lanzado?

Nadie lo sabía con suficiente seguridad.

Los americanos decían que se trataba de un aparato ruso; éstos afirmaban que era un proyectil yanqui, y los ingleses negaban, como los franceses y alemanes, que ellos se hubiesen atrevido a hacerlo.

Pero el hombre estaba ahí.

¡Qué cómo se sabía?

¡Porque había hablado! Se había dirigido al mundo, en varios idiomas, pidiendo castigo para los que lo habían engañado, cogiéndolo en una ciudad de África del Norte, donde estaba viajando por orden de una casa comercial francesa, llevándolo, anestesiado, a un sitio desconocido del Globo, desde donde había sido limpiamente lanzado al espacio.

Desde que, utilizando un campo clarísimo de frecuencia modulada, Henri Poitier, así se llamaba aquel desdichado, había hablado al mundo, el mundo había palidecido de horror, de emoción, de sentimiento. Y el mundo entero se alzaba hoy, por todos sus medios de expresión: radio, prensa, televisión, pidiendo a sus respectivos gobiernos que «hiciesen algo» por salvar a aquella víctima del cientifismo moderno.

Porque todo el mundo estaba de acuerdo en que, fuese de la nacionalidad que fuera, aquello no podía haber sido hecho más que

por algún sabio medio loco y ansioso de conocer el comportamiento de la naturaleza humana en el espacio exterior.

Recuerdan ustedes la polvareda que levantó el envío de «Laika» en el Sputnik II?

Por delante del feo edificio de las Naciones Unidas en Nueva York, desfilaron perros que llevaban pancartas alusivas, algunas invitando a que se enviase al máximo dirigente ruso al mismo lugar que estaba la perra.

Pues ya pueden imaginarse lo que ahora ocurría; ya que, queramos o no, un viajante de comercio es algo muy superior a una perrita, por simpática que fuese.

¡Qué tema para Arthur Miller, si éste hubiese vivido!

Lo de «La muerte de un viajante» no tenía parangón con lo que el gran dramaturgo americano hubiese hecho de haber podido conocer los hechos. Pero en 1999 hacía ya varios años que Miller había muerto, llevándose a la tumba su admirada pluma.

En los primeros momentos, cuando se conoció el drama que se estaba desarrollando a 900 kilómetros por encima de las cabezas de los terrícolas, la furia popular intentó precisar al autor de aquel crimen.

Pero, poco después, cuando, el propio Henri se vio precisado a confesar que ignoraba todo de sus raptores, la gente se fue hacia lo positivo, exigiendo que se hiciese lo posible para sacar a aquel ser humano de su jaula metálica que, como era sabido, se movía a 25.O0O kilómetros por hora.

Henri Poitier hizo saber a los hombres que estaba echado en una especie de litera, a la que estaba fuertemente atado, teniendo no obstante las manos libres para poder coger los alimentos y el agua que habían colocado a su alcance, así como para manejar la emisora.

Un mecanismo especial salvaba las dificultades en cuanto a las excreciones se refería.

Pero todo aquello no tenía más que una relativa importancia. Henri deseaba ardientemente regresar a París, abrazar a su mujer a su hijita Pierrette y seguir viajando, como siempre… pero no de la manera que le habían impuesto.

Miles de cheques, cartas, telegramas y obsequios fueron dirigidos al domicilio del pobre viajante —en el mis amplio sentido de la palabra —, queriendo demostrar los que así obraban que estaban dispuestos a ayudar a aquella pobre mujer y a su hijita, de una manera positiva e inmediata.

Como hubieran querido hacerlo con Henri Poitier.

* * *

Larry Preston y Nick Walter se pusieron en pie, cuadrándose,

cuando el general Martin penetró en su despacho, donde los había convocado momentos antes.

El general era un hombre imponente, entrado en años, corpulento y de mirada firme.

No se sentó, apoyándose, de espaldas, en el borde de su mesa y haciendo cara a los dos oficiales.

—Ya se imaginarán para qué los he mandado llamar, muchachos — dijo —. Inglaterra quiere hacer algo positivo por ese pobre hombre que gira por encima de nuestras cabezas. Debemos ser los primeros en pasar de las palabras a los hechos y demostrar, de una manera que no permita duda alguna, que nosotros no hubiésemos hecho jamás una barbaridad semejante.

Miró fijamente a los dos hombres.

—Ya sé que no se trata de una misión fácil; pero, por eso, he echado mano de ustedes dos.

—¿Qué aparato vamos a emplear? — inquirió Larry.

—El «Escualo». ¿Qué les parece?

Los dos hombres sonrieron. Y Larry dijo:

—Es lo mejor que hay en el mundo, señor; pero, de todos modos, permítame dudar de que podamos alcanzar los novecientos kilómetros de altura.

—¿Y quién ha dicho eso? Et radiotelescopio está precisando la órbita del Satélite y tenemos ya detalles que demuestran que desciende hasta unos trescientos kilómetros.

—Eso es distinto.

—El problema reside en ponerse en una velocidad cercana a la del Satélite. Naturalmente, intentar hacer eso sería un verdadero suicidio.

—¿Entonces?

—Hay un plan que se ha estudiado detalladamente—sonrió —. ¡Y ojala salga tal y como lo deseamos! —hizo una pausa —. Debido a la endiablada velocidad del Satélite, no podemos abordarlo directamente, ni con el «Escualo», a pesar de su fuerza de aceleración. Pero tampoco podemos dejar a ese hombre sin intentar algo por sacarle de ahí. Por eso, vamos a lanzar dos «London» ; es decir: los van a lanzar ustedes desde el avión.

—¿Contra... el satélite?

—No. Sería destruirlo en una milésima, de segúndo. Los lanzarán, una vez conozcan perfectamente las características de la órbita, «delante del satélite», in-mediatamente delante, quiero decir.

—¿Qué lograremos con ello?

—Los dos «London», nuestros más perfectos proyectiles teledirigidos, han sido modificados, de manera a que creen un campo magnético de repulsa en su popa. Eso hará, con un poco de suerte, que

la velocidad del satélite disminuya con rapidez. Puede decirse, si los cálculos del cerebro electrónico no andan equivocados, que doce minutos bastarán para que el satélite pase de su velocidad actual a la de diez mil kilómetros por hora; es decir, un poco menos de la mitad de su marcha actual.

—¡Eso ya lo pone al alcance del «Escualo»!

—Sí; pero, a pesar de ello, sería una locura acercársele. El primer «London» habrá cumplido su misión y entonces lanzarán ustedes el segundo. En unos seis minutos, la velocidad del satélite será de unos tres mil kilómetros a la hora.

—¡Es formidable!

—Sólo entonces, gracias a la red electromagnética que lleva el «Escualo», podrán ustedes apoderarse del satélite, evitar la fricción de la atmósfera y hacerlo planear hasta el campo de aterrizaje.

Nick sonrió.

—Me gusta ese plan — dijo.

—Es el único posible — dijo el general —. De todos modos, no hace falta que les diga que va a ser endiabladamente difícil llevarlo a la práctica. Han de luchar contra la atracción que el satélite ejercerá sobre ustedes cuando les pase al lado. Un error de unas decenas de metros y se verán arrastrados con él, convirtiéndose en otros dos desdichados viajeros como ese Poitier.

—Tendremos cuidado.

—No es eso sólo. Por fortuna, llevarán un dispositivo que les señalará el margen de seguridad que pueden mantener junto a la órbita del satélite. Pero no olviden que, cuando lancen los «London», la masa de aquél crecerá, aumentando su zona de atracción gravitatoria, merced a la ley de Newton. Los márgenes tendrán que ser rapidísimamente calculados por ustedes, ya que al próximo giro tendrán que estar un poco más lejos. De otro modo, serán atraídos de un modo irremisible.

Hubo un silencio.

—Francia y otros dos países más están preparando algo para salvar a ese desdichado. No hace falta destacar la importancia que tendría el que nosotros fuésemos los primeros.

— ¡Lo seremos, señor!

— ¿Cuándo salimos?

—Ahora mismo. Todo está preparado.

* * *

Durante el período de aceleración, atados a sus sillones y lanzados hacia arriba, ninguno de los dos despegó los labios. Sus miradas estaban fijas en los controles, donde las luces se encendían y apagaban a medida que los datos electrónicos iban siendo captados y

«digeridos» por el piloto automático.

La aceleración no duró más que unos cuantos segundos.

Al llegar a la órbita calculada, unos ochenta kilómetros más abajo que la que el satélite recorría al llegar a su perigeo, el piloto automático hizo que el «Escualo» entrase en órbita.

Entonces los dos hombres entraron en acción.

Larry tomó el mando del aparato y Nick se encargó de la radio. Instantes después, establecían contacto con la base.

—Aquí — exclamó Walter —, «Escualo», ya en órbita...

Desde la base, la voz viril del general llegó hasta ellos.

—¡Bien, muchachos! Me habéis hecho pasar unos momentos de angustia... Voy a daros la posición del satélite... Un momento.

Y tras un corto silencio continuó:

—Os alcanzará dentro de unos dos minutos. Dejadle pasar esta vez y preparad el lanzamiento la próxima. Reducid la velocidad con los dos cohetes de proa. Lo mejor sería que lanzaseis una llamada a ese hombre. Hace rato que ha dejado de comunicar con la Tierra.

—¿No estará muerto?

—No lo creo. Lo que ha debido ocurrir es que el mecanismo «fotohelio» que alimentaba los acumuladores de su emisora debe haberse estropeado. No os contestará., pero sabrá que estamos a su lado y eso le dará fuerzas para esperar.

—Bien. ¿Algo más?

—Nada. Comunicaré con vosotros en cuanto el satélite se os adelante. Os ayudaremos en el cálculo para el lanzamiento de los «London». ¡Hasta luego!

Y cortó.

Hubo una pausa; después Nick confesó:

—Eso me huele mal, Larry.

—¿Por qué?

—¿No has oído al general? Poitier ha dejado de hablar a la Tierra.

—Ya te ha dado una explicación. Y yo creo que es la más lógica.

—Ese hombre lleva sesenta horas dando vueltas, como un trompo, a una velocidad imposible...

—¿Y qué?

—Que si sólo se ha estropeado el alimentador de los acumuladores...

—¡No seas «gafe», amigo mío!

—Es que me disgustaría mucho haber hecho todo esto para sólo rescatar un cadáver.

—Lo encontraremos vivo; no te preocupes.

La luz verdosa del radar empezó a parpadear.

—¡Ahí lo tenemos! Envíale un mensaje y un saludo.

Nick se inclinó sobre el micrófono.

—¡Aquí los pilotos de un aparato británico, señor Poitier! ¡Vamos a intentar sacarlo de ahí dentro de poco! ¡Tenga ánimos! Suponemos que su emisora no marcha por falta de energía. Todo el mundo está a su lado y pronto se encontrará en la Tierra.

Una especie de chispa azulada había pasado por el espacio, a cerca de cien kilómetros de donde ellos estaban. Fue como un meteoro que desapareció como una exhalación.

—¡Ahí va! —exclamó Larry.

Nick no pudo por menos de estremecerse.

¿Seguía siendo un satélite habitado... o solamente una tumba?

—¿Cuánto tardará en pasar otra vez? —preguntó en aquel momento su amigo, sacándole de la melancolía que le había invadido.

—Unos ochenta minutos — respondió —, a menos que disminuyamos inmediatamente la marcha de nuestro aparato.

—Eso es lo que vamos a hacer.

Y encendió los dos cohetes auxiliares de proa, mirando después al velocímetro, cuya aguja descendía de una manera vertiginosa.

—Dos mil doscientos... — leyó, al cabo de unos instantes.

La llamada de la base sonó en aquel instante,

—¿«Escualo»?

—Aquí, «Escualo», señor.

—De acuerdo. ¿Qué velocidad llevan?

Nick miró a la aguja.

—Mil ochenta, señor. Máxima reducción con cohetes auxiliares de proa en posición, inversa.

—Bien. Un momento...

Debió consultar datos a los empleadas del telescopio de radio.

—Volverá a pasar junto a ustedes dentro de cuarenta y un minuto, tres segundos... Deben lanzar el primer «London» cuando les enviemos la señal; es decir, cuando el satélite esté a tres mil cuatrocientos kilómetros del «Escualo». La reducción de velocidad será conseguida casi en seguida. Ustedes suprimirán los cohetes de proa, justo al lanzar al proyectil, encendiendo los auxiliares de popa a máxima potencia. Alcanzarán así una velocidad de ocho mil en once segundos. Accionando entonces los «B» de alerones, imprimirán al «Escualo» una velocidad de diez mil seiscientos en siete segundos más.

Nick tomaba rápidamente notas.

—En ese momento — prosiguió el general —, habrán conseguido colocarse a unos cuarenta kilómetros detrás, del satélite. Será entonces el momento de lanzar el otro «London» e ir disminuyendo la velocidad del «Escualo», al tiempo que «derivan» hacia la órbita del satélite. La atracción final se hará efectiva cuando se hallen a quince kilómetros de él. Maniobrando hábilmente, se colocarán delante de la masa de los

dos «London», que ya se habrán acoplado, poniendo en marcha el campo magnético de su aparato. Así remolcarán, por un sistema de líneas de fuerza, toda la masa posterior hasta que, definitivamente orientada, puedan abandonarla a ella misma. Nosotros la guiaremos entonces desde tierra. ¿Entendido?

—Perfectamente, señor.

Los minutos de espera les parecieron siglos; después, cuando hubieron lanzado los dos proyectiles y se fueron acercando al satélite, miraron con ansiedad aquella masa plateada, cuyo verdadero contenido hubiesen deseado conocer.

¿Estaría Henri aún vivo?

La entrada en órbita les costó mucho más de lo que habían pensado, teniendo que echar mano a todas las posibilidades del «Escualo», para evitar que la masa les atrajese — se había sumado a la del satélite la de los dos proyectiles que le precedían y frenaban — y se estrellasen contra ellos.

Fueron momentos de indecible angustia.

Pero los dos pilotos eran hombres experimentados, con nervios de acero y reflejos que respondían, con una velocidad vertiginosa, orientando siempre las reacciones por el mejor camino.

Cuando consiguieron colocarse delante de aquella triple masa, Nick lanzó un profundo suspiro de satisfacción.

—¡Lo hemos logrado, Preston!

Larry sonrió.

Y empezaron a desviar la trayectoria de la «masa», accionando los mandos de los poderosos mecanismos magnéticos del «Escualo».

El satélite había salido ya, hacía mucho tiempo, de su órbita originaria, debido al frenaje que los dos proyectiles habían logrado y que, al mismo tiempo que lo llevaban a las capas superiores do la exosfera, hiciese mínimo el peligro de la fricción, pudiendo atravesar la atmosfera sin una grave elevación del calor superficial que, en caso contrario, lo hubiese volatizado en contados segundos.

Experimentaron una alegría enorme al dejar la capa de nubes y ver el contorno de las tierras, bajo ellos.

—Ya estamos camino de casa — musitó Nick.

Y había un sincero gozo en sus palabras.

Habían echado varias ojeadas hacia atrás, intentando mirar al satélite ; pero la masa de los dos proyectiles, que iba inmediatamente detrás del avión, les impedía hacerlo.

El cono del segundo proyectil iba encajado en la base magnética del primero y su propia masa magnética se había pegado sólidamente al cono del satélite, de tal modo que formaban una masa unida, con cuatro alas primarias y seis secundarias, que iban a hacer posible el aterrizaje.

Llamó la base.

—Ya tenemos contacto con los electromeca-nismos del satélite, muchachos — la voz del general estaca repleta de agradables inflexiones —. Podéis soltaros cuando queráis.

—¡A la orden, señor!

Y cuando la comunicación se cortó Larry propuso:

—¿Vamos, Nick?

—Cuando quieras.

Larry Preston impuso bruscamente los mandos de los cohetes «G», inclinando el giróscopo al máximo.

El «Escualo» se despegó brutalmente de la trayectoria del resto, escapando hacia la derecha y alejándose a una velocidad formidable.

Nick vio que la tierra se acercaba, creciendo de una forma vertiginosa.

—¡Frena, Larry!

Prestan sonrió, sacando al aparato de aquel impresionante «picado»; después, mansamente, planeó, sin perder de vista a los proyectiles y el satélite, que ya estaban descendiendo hacia el campo de aterrizaje.

—¡Date prisa — instó Nick Walter —, quiero ser de los primeros en ver a ese hombre!

Larry logró aterrizar cinco minutos antes de que lo hiciese el resto de la «masa». Saltaron del aparato y en un «jeep», que ya les esperaba, corrieron hacia donde ya se posaban los proyectiles, sobre una rampa electromagnética de emergencia.

El vehículo se detuvo junto al que había llevado al general. Este se volvió, guiñando un ojo a los pilotos.

—¡Bravo, muchachos! Lo habéis conseguido.

La rampa descendía lentamente hacia el suelo.

Incapaz de contenerse, Nick saltó sobre ella cuando faltaban aún treinta centímetros para que hubiese terminado de bajar. Corrió, por encima de las aletas de los «London», llegando el primero junto al satélite.

La parte superior de éste estaba completamen-te desgarrada.

Walter se acercó, asomándose al interior.

Allí estaba Henri Poitier.

No cabía duda alguna de que estaba muerto; pero lo más horrible es que todo su cuerpo, de pies a cabeza, estaba cubierto por una granulación azulada.

—¡Apártese!

Lo hizo, dejando que el médico de la base se asome, a su vez.

Nick se dejó caer desde la rampa. Sus ojos buscaron los de su amigo y éste comprendió que el esfuerzo que acababan de realizar había sido, por desdicha, baldío.

CAPÍTULO II



ILTON entró en la habitación.

Era un muchacho alto, rubio, de anchas espaldas, que más que médico parecía un atleta o un campeón de rugby. Tenía los ojos azules y unas cejas apenas visibles, tan claras eran.

Larry levantó la cabeza y Nick dejó su vaso sobre la repisa de la chimenea.

—¡Hola! —saludó el recién llegado.

Larry le señaló uno de los asientos y el otro se dejó caer.

—Os habéis hecho célebres — dijo.

—¿Sí?

Había un poco de triste ironía en la voz de Nick.

—Claro—insistió Milton Brady, comprendiendo él sentido de las palabras de su amigo —. No es vuestra la culpa si el satélite no soportó la velocidad y se fundió, en parte.

—No ha sido ningún triunfo — dijo Larry con voz opaca.

—Técnicamente sí — repuso el médico —. Todo el mundo está de acuerdo que lo que hicisteis cambiará el destino de los futuros satélites, ya que habéis demostrado que se podrán recuperar. El gobierno está recibiendo muchas felicitaciones.

—Sí, es posible; pero ese pobre tipo no se puede beneficiar ya de nada.

—No es culpa vuestra.

Se encogieron de hombros.

Durante unos minutos, el silencio se fue haciendo más denso. Hasta que Milton, sonriendo, manifestó:

—He venido a pediros un favor.

—Tú dirás.

El otro dudó un poco, antes de continuar:

—Ya sabéis que tengo que hacer mi tesis. Me he especializado en Medicina Espacial y nunca se me había presentado una ocasión como ésta para hacer algo verdaderamente importante.

—¿Qué quieres decir?

—Que desearía me permitiesen examinar el cadáver de ese

hombre... Vosotros sois amigos del general Martin y podríais...

—No sé si el cuerpo ha salido ya para Francia. Su familia lo ha reclamado.

—Todavía no. La televisión ha dicho que la esposa, en vista de lo que Inglaterra ha hecho, estaba dispuesta a esperar una semana.., siempre que no destrocen el cuerpo do su esposo. Hasta ahora, a pesar de que nuestros médicos deseaban examinarlo, se han visto obligados a guardarlo en un refrigerador de la base, custodiado por agentes de Scotland Yard y una pareja de empleados de la Embajada de Francia en Londres.

—Sabes más que nosotros.

—Porque vosotros os habéis empeñado en encerraros aquí, desde ayer, como si tuvieseis que purgar una culpa. El Gobierno británico se ha dirigido a madame Poitier, solicitando un permiso para examinar el cadáver y ésta lo ha concedido. Hoy, esta tarde, a las cinco, se abrirá la cámara donde está.

—¿Y bien?

—Quisiera ser uno de los que lo vean.

Larry torció el gesto, como si no llegase a comprender el deseo de su amigo.

—¿De verdad que te interesa? —inquirió dubitativo.

—¡Mucho! Me han hablado de una granulación.

—Yo la vi — intervino Nick.

El médico se volvió hacia él, con un brillo de interés en la mirada.

—¿Cómo era, Walter?

Nick frunció el entrecejo.

Era evidente que no le agradaba mucho hablar de aquello; pero viendo que debía hacerlo, empezó:

—¿Qué te diré?... Era como si estuviese cubierto de granos grises... cientos o miles. Ya sabes que Henri Poitier no llevaba más que un slip sobre el cuerpo, ya que muchos aparatos se aplicaban directamente sobre su piel.

—Si ya lo sé.

—Por eso era posible ver que los granitos lo cubrían por completo, rostro y todo — suspiró —. ¡Te digo que no era nada agradable!

—Ya lo supongo.

Y después de una pausa Milton opinó:

—Esa granulación podía ser provocada por cientos de cosas... y eso es lo que, precisamente, me interesa. El frío cósmico, la radiación interestelar... ¿quién sabe?

Entornó los ojos.

—No podéis imaginaros lo importante que es para mí.

Nick sonrió; después, mirando a su amigo, consultó:

—¿Le damos esta oportunidad a nuestro sabio?

—Sí. Además, si he de decir la verdad, estoy más que harto de estar encerrado aquí. Milton tiene razón. ¿Qué demonios de culpa teníamos nosotros de que ese pobre tipo muriese en el espacio, justo cuando íbamos a buscarle?

Brady sonrió.

—¡Así me gusta! ¿Vamos?

—Vamos.

Salieron.

Larry condujo al formidable vehículo que se habían comprado entre los dos: un «Morris» turborreactor, capaz de lograr una velocidad de doscientas millas por hora en pista libre.

Pero Preston no corrió tanto, aunque si bastante, para llegar a la base, deteniéndose ante el edificio de la Comandancia General. Momentos después estaban ante el general Martin.

Éste les hizo sentar, enterándose después, por Larry, del objeto de su visita.

Miró a Milton con simpatía.

—Tiene usted suerte de tener dos amigos como éstos, doctor Brady. Hay miles de peticiones como las suyas, que han tenido que ser declinadas desdichadamente. Sólo once profesores estarán autorizados a presenciar lo que el doctor Cartón haga con el cadáver de Henri Poitier.

Los ojos de Milton se encandilaron.

—¿Es que va a haber… necropsia, señor?

—Sí. Aunque le ruego que no diga nada. Ha sido una brillante gestión que nuestro embajador en París ha logrado de madame Poitier — sonrió —. Nos ha costado trescientas mil libras esterlinas.

Y viendo la expresión de desagrado que aparecía en los rostros de los dos pilotos explicó:

—¡No se engañen, muchachos! Esa mujer, madame Poitier, es formidable. A pesar de que, por desgracia, no hemos podido devolverle, como lo deseábamos, a su marido vivo, se ha dado cuenta de que hemos hecho lo posible por lograrlo. Eso la ha llevado en concedemos una primacía que, sin duda alguna, merecíamos. Pero ella no ha de saber, aunque lo imagine, que va a hacerse una autopsia y que algunos órganos de Henri Poitier quedarán en Inglaterra. Los especialistas dejarán el cuerpo de ese hombre «correctamente presentable».

—Comprendido.

—Dentro de poco nos reuniremos con los facultativos que van a examinar el cuerpo de Poitier — y dirigiéndose a Milton — : Usted será de los nuestros.

—¡Gracias, señor!

* * *

La expectación era grande.

El grupo de médicos que habían sido autorizados a ver el cadáver «del primer hombre del espacio» esperaban que el encargado de la cámara de frío la abriese. Un poco más allá, Milton estaba junto a sus amigos, los pilotos.

—No sabéis cuánto os agradezco esto — dijo.

—No tiene importancia — repuso Larry.

—Además — intervino Nick —, puedes creer que no te envidiamos. No entraría ahí, con esos carneros, por nada del mundo.

Brady sonrió.

—Es natural y lo comprendo. A cada uno su profesión.

—De todas maneras — dijo Larry —, te esperaremos aquí. Tengo curiosidad por saber lo que podéis descubrir.

—¿Para qué te interesa? —inquirió Nick, mirando a su amigo.

—¿Cómo que para que me interesa? ¿Es que no viajamos nosotros por las cercanías del espacio exterior? Si esos médicos descubren algo, puede sernos muy útil a todos nosotros.

—Larry tiene razón — afirmó Brady.

Fue en aquel momento cuando se les acercó el general.

—¿No han abierto aún? —preguntó, señalando el grupo en el pasillo.

—Están preparando que llegue el que tiene las llaves — replicó Larry.

—Bien. Yo vengo ahora de ver a los técnicos que han estado estudiando el satélite.

Los ojos de los tres se animaron.

—¿Se ha descubierto algo, señor?

Martin miró a Nick, que era quien había hecho la pregunta.

—No, nada. Limaron todas las marcas de los aparatos, evitando que conociésemos su origen. Como si se hubiesen imaginado que íbamos a conseguir hacernos con el satélite.

—Era una cosa con la que tenían que contar, señor.

—¿Por qué?

—Porque al dotar de una emisora al aparato, sabían que Henri se comunicaría con la Tierra. Y era previsible que la reacción fuese la que ha sido.

—Es verdad.

—¿No son rusos? — preguntó Milton.

—No lo sabemos. La maquinaria de precisión y los aparatos electrónicos poseen una norma standard ciento por ciento. Igual podían haber sido fabricados en Rusia como en América, Inglaterra o Francia. Hasta es posible que algunos de ellos hayan sido adquiridos en uno de estos países.

—¿Y qué han ganado con enviar a un hombre al espacio?

—Mucho. Porque, además de las dos emisoras que estaban a disposición de Portier, había once más, conectadas con el organismo de ese hombre, listas emisoras enviaban mensajes, en clave, sobre las variaciones fisiológicas de la criatura humana que iba en el satélite. Por desgracia, esas informaciones, ciertamente preciosas, no han sido recogidas más que por los que lanzaron el aparato.

Hubo una pausa.

—¿Dice usted, general — inquirió Nick —, que Henri Poitier tenía dos emisoras a su disposición?

—Sí.

—Entonces no fue el agotamiento de los acumuladores lo que provocó el silencio de ese hombre.

—No. Había un defecto en la estructura de la capa externa del satélite. Las bruscas variaciones de temperatura abrieron una brecha, causando la muerte de Poitier.

—Comprendo — dijo Brady.

—Todavía no estamos seguros — siguió diciendo el general —, pero es posible que podamos afirmar quo ese defecto de construcción fue hecho adrede.

—¿Es posible?

—Todo lo es. Y, si examinamos las cosas con cierto detalle, tenemos que llegar a la conclusión de que, después de todo, era algo humano el hacer que ese hombre muriese, terminando la horrenda agonía a que fue sometido.

Larry sonrió, tristemente.

—Sí. Después de la canallada que hicieron, al menos podían permitirse el lujo de ser un poco humanos.

Martin miró hacia el grupo.

—Ya abren. ¿Vamos, doctor?

—Sí, mi general.

Los dos hombres penetraron, junto a los demás, en la amplia sala que conducía a la cámara frigorífica. Momentos más tarde, dos empleados sacaban el cuerpo de Henri Poitier y lo colocaban sobre una mesa de disección.

Milton se colocó junto al general, interesado vivamente.

Y entonces vio que el cuerpo no ofrecía ninguna granulación. Se había hablado tanto de ello que un rumor surgió de los presentes.

Uno de los profesores dijo en voz alta:

—¿Están seguros los que afirmaron ver una granulación cuando encontraron el satélite?

Porque el cadáver ofrecía un aspecto completamente normal.

—¡Llamad a los pilotos! — ordenó Martin.

Larry y Nick entraban, momentos después. Con un gasto de

visible aprensión, se acercaron al general.

—¿Nos llamaba, señor?

—Sí. ¿Quién de ustedes dos fue quien vio primeramente el cadáver?

—Yo — replicó Nick.

—¿Quiere echar una ojeada ahora, Walter?

Nick avanzó hacia la mesa de mármol, disgustado por tener que hacerlo; pero, obediente, miró el cuerpo.

—No tiene el mismo aspecto, señor

—¿Nota usted alguna diferencia? — inquirió uno de los profesores.

—Sí. Le faltan las granulaciones que le cubrían todo el cuerpo.

El profesor sonrió.

—¿Está usted seguro de haberle visto así?

Iba a replicar Nick, disgustado de que se pusiese en duda su palabra, cuando un hombre de la reunión se adelantó.

—Aquí tiene usted la prueba, profesor Tanager.

Y le alargó una foto.

—Yo vi el cadáver, inmediatamente después que este piloto. Llevaba una cámara oculta y pude hacer varias fotos, pero sólo ésta salió bien.

La cartulina pasó de mano en mano.

Era evidente que las granulaciones, bien visibles en la foto, habían sido una realidad.

—Puede que se trate de un fenómeno producido por el frío cósmico — dijo el profesor Tanager—y que desapareció después. ¿Empezamos, señores?

Larry y Nick salieron de la sala.

Entonces, uno de los médicos, con el escalpelo en la mano, se acercó al cuerpo de Henri Poitier.

CAPÍTULO III



AT WALLACE estaba deseando que su reloj marcase las nueve y media, hora en que su servicio terminaría y podría volver a casa.

Para un hombre que, como él, acababa de terminar su luna de miel, el trabajo se le hacía un poco cuesta arriba, ya que no podía dejar de pensar en Helen, su esposa, y aquel nombre le hacía sonreír invariablemente.

Hacía sólo tres semanas que Pat era un policía cualquiera, uno de los innumerables jóvenes «policemen», que recorrían las calles de Londres, cruzando niños y ancianos y cuidando de que todo estuviese en orden en su distrito.

Verdad era también que «Wallace-soltero» echaba, de vez en cuando, de la forma más disimulada posible, una ojeada a las hermosas transeúntes que. se cruzaban en su camino, sobre todo a la hora en que las jóvenes salían de una fábrica de pañuelos situada justamente en la calle que él estaba encargado de vigilar.

Así, como se dice, había conocido a Helen, una de aquellas primorosas muchachas, que le había devuelto su mirada y con la que había empezado a conversar, amablemente.

Todo lo demás había sucedido como tenía que pasar.

Pat lanzó un suspiro, volviendo a echar una ojeada al reloj: eran las nueve y cuarto.

Empezó a pasearse, a lo largo de aquella estrecha vía que era Fulton Street, oscura en casi sus dos terceras partes y completamente desierta a aquellas horas.

La Comisaría del distrito estaba tres calles más abajo, al otro lado de Khenits Square. Allí debía ir, cuando fuese la hora, a dar el parte al sargento MacMillan, despidiéndose de él hasta el día siguiente.

Había llegado a la altura del tercer farol, había cinco en total en toda la calle, cuando lo vio, moverse en el rincón, levantando sus ojuelos hacia él.

Al principio, mientras se inclinaba hacia él, Pat creyó que se trataba de un perrito abandonado; pero cuando lo vio mejor, se percató de que no era así, sino que más parecía un osito pequeño.

Detuvo la marcha de su mano, que ya iba hacia la cabeza del animal, para acariciarlo, temiendo recibir un mordisco en pago de sus buenas intenciones. Pero los ojillos estaban llenos de vida y no había nada en aquel animalillo que infundiese miedo a un hombretón como Wallace.

Lo acarició.

El «osito» — de alguna manera había que llamarlo —, exhaló un gruñido de satisfacción, apelotonándose perezosamente sobre sí mismo. Su piel era fina y suave al tacto.

—¿Qué clase de bicho eres? —inquirió el «policeman», con una sonrisa —. Nunca había visto nada igual.

Lo cogió, después de unos instantes de duda, en sus brazos. No pesaba casi nada y era, como pudo comprobar a la luz del farol, una bestia bellísima, con un brillo plateado en la piel, unas orejas diminutas y un hocico sedoso.

Pat se preguntó qué clase de animal podía ser aquél, pensando también que la persona que lo había perdido tendría un verdadero disgusto. Volvió a acariciarlo, dirigiéndose hacia el otro extremo de la calle.

Entonces sonaron, en la iglesia vecina, las nueve y media.

Apretó el paso.

Momentos después entraba en la minúscula comisaría del distrito, penetrando en el despacho del sargento MacMillan.

—¿Qué traes ahí? —inquirió, mirando al animal que el policía llevaba entre sus brazos.

Wallace sonrió.

—Lo he encontrado en Fulton Street, sargento. Han debido de perderlo.

—¿Es un perro?

—No. Parece, más bien, un osezno.

—¿Un oso?

—Sí.

—Enséñamelo.

Pat lo colocó sobre la mesa y el sargento lo miró atentamente, sin, no obstante, tocarlo.

—No había visto nunca un animal como ése.

—Yo tampoco, señor. ¿Qué haremos con él?'

MacMillan se encogió de hombros.

—No lo sé. Normalmente, debíamos dejarlo aquí, hasta que lo reclamen. Pero, no tratándose de un perro, tendríamos que llevarlo al Zoo y ahora está cerrado.

Wallace se decidió.

—Sí le parece, señor, puedo llevármelo a casa y traerlo mañana.

—¿Crees que tu esposa...?

—Estará encantada. ¡Ojalá no lo reclamen!

—¿Es que serías capaz de quedarte con... eso?

— ¿Por qué no, sargento? Es muy dócil y muy bonito. Helen se volvería loca de contenta. No creo, además, que sea un animal barato.

El otro se encogió de hombros.

—Bueno, haz lo que quieras. Tráelo mañana y veremos si podemos alojarlo aquí o llevarlo al Zoo — hizo una pausa—. Aunque, si lo prefieres, puedes quedártelo unos días. Si dentro de una semana no lo ha reclamado nadie, viremos lo que hay que hacer. Tendré que consultarlo con la Central.

—Muchas gracias, sargento. .

Helen, como pensaba Pat, se puso contentísima al ver al animalito, haciendo mil preguntas a su marido, que éste no pudo contestar más que a medias.

—¡Voy a darle un poco de leche!

Pero el osezno no probó lo que le daban y ellos fruncieron el entrecejo.

—¿Qué comerá? — inquirió la mujer.

—No lo sé. Pero ya lo sabremos mañana. Vamos a dejarle aquí, calentito. Consultaré con un amigo mío que tiene una pajarería y que entiende mucho de animales. Vamos a cenar, cariño. Estoy cansadísimo esta noche.

* * *

Como de costumbre, Pat se despertó el primero, saltando

alegremente de la cama, sin despertar a su esposa, cuya cabeza estaba casi completamente oculta bajo el embozo de la sábana, pasando a la ducha donde empezó el aseo matinal.

El hábito de su estancia en el cuartel de la policía le había educado positivamente y no necesitaba despertador para ponerse, en pie a las seis de cada mañana. Dormía con un sueño pesado y se encontraba en forma al abandonarlo.

Se duchó, afeitó y cepilló los dientes en un tiempo record; después, experimentando el hambre que llegaba a él en aquella hora, pasó a la cocina, y encendió el gas.

Entonces recordó al osezno.

Seguía en el mismo sitio, en el salón", acurrucado sobre la alfombra que Helen le había destinado. Le contempló, y se dio cuenta de que debía estar profundamente dormido.

«Es muy lindo», se dijo.

Y volvió a la cocina.

Un agradable olor a café recién hecho flotaba ya allí y Pat dispuso su desayuno, preparando el de su esposa en una bandeja. Solía hacerlo así cada mañana, negándose a admitir las protestas de Helen que, de una manera obstinada, deseaba ser la que preparase el desayuno para los dos.

Pero nunca conseguía despertarse a la misma hora que su marido.

Mientras tostaba el pan, Pat pensó, con cierta tristeza, que no debía hacerse ilusiones de quedarse con el animalito que había encontrado la noche anterior. Debía ser algo costoso y estaba seguro de que se encontraría, al llegar a la Comisaría, con la reclamación correspondiente.

«¡Qué le vamos a hacer! — pensó —. Algún día podré ahorrar dinero para ofrecer a Helen una cosa parecida.»

Tomó su desayuno, ya que tenía el tiempo justo y llevó después el de su esposa al dormitorio.

Ella seguía igual.

Pat sonrió, dejando la bandeja sobre la mesilla de noche; luego, con lentitud, levantó el borde de la sábana, echándolo hacia atrás.

Una exclamación de horror se formó en sus labios, sin que lograse hacerla brotar de su garganta, donde se formó un nudo asfixiante.

¿Era aquélla su Helen?

El rostro de la mujer estaba enlaciado, como si hubiese perdido la carne a pedazos. Los huesos de la cara sobresalían espantosamente a través de una piel amarillenta y brillante.

Retiró la ropa, mientras la angustia se le clavaba en lo más hondo del pecho.

Helen llevaba el lindo camisón que él le había regalado al volver a Londres después de su viaje de novios. La mujer, al moverse durante

el sueño, había hecho que la prenda le subiese, dejando libres sus piernas. También sus brazos eran visibles por completo.

¡Y todo ofrecía el misino horrible aspecto!

La piel y los huesos que se destacaban cruelmente a su través, hacíanle parecer un esqueleto.

Aterrorizado, volvió a cubrir si cuerpo do su esposa y se acercó a ella.

—Helen, querida…

Ella tardó en abrir los ojos, mirándola desde lo hondo de las cuencas que ahora rodeaban los caídos y flácidos párpados.

—¿Te encuentras mal? — inquirió él.

Tardó ella unos segundos en contestar. Y cuando lo hizo, su voz sonó extremadamente débil, casi como un susurro.

—No me encuentro muy bien, cariño… apenas si puedo moverme…

—Voy a llamar al médico.

Abandonó la estancia y salió de la casa para ir a la de un vecino que tenía teléfono. Al volver al dormitorio se dio cuenta de que Helen parecía haberse adormecido de nuevo.

Un sudor frío perlaba la frente de Pat, que no podía explicarse, en modo alguno, lo que le estaba ocurriendo a su esposa.

Cuando el médico llamó, Wallace se precipitó a la puerta, invitando al doctor a que entrase. Observó después el detenido examen que el facultativo hacía a su esposa, temblando por saber si aquello era algo grave o no.

El médico cubrió de nuevo el cuerpo de Helen.

Y volviéndose a Pat preguntó:

—¿Cuánto tiempo lleva así? ¿Por qué no me ha llamado antes?

—¿Eh? —había un tono de cólera en la voz de Wallace, como si no pudiese soportar la ofensa que significaban las palabras del doctor.

—¿Cree que no le hubiese llamado antes? Helen está así desde esta mañana.

El otro le miró, frunciendo el entrecejo.

—¿Intenta hacerme creer que esta caquexia ha aparecido por arte de magia?

—¿Qué quiere usted decir? ¿Qué es eso de caquexia?

—Una enfermedad consuntiva, amigo mío. Algo que se desarrolla poco a poco, a lo largo de mucho tiempo. Veamos, ¿cuándo empezó su esposa a ponerse enferma y adelgazar?

La cabeza le daba vueltas a Pat.

—¡Le digo y le repito que Helen estaba perfectamente bien anoche, cuando volví del servicio!

—¡Eso es imposible!

— ¿Imposible, eh? ¡Está visto que usted desconfía de cuanto le

digo!

Y abandonando el dormitorio, salió al rellano de la escalera, llamando a la puerta de enfrente. Momentos después volvía junto al doctor, acompañado de una gruesa matrona.

—Esta, señora es la señora Evering — presentó. Y volviéndose a la mujer—. ¿Quiere usted decir al doctor si salió ayer con Helen al mercado?

—Sí — dijo la mujer —. Helen y yo vamos todas las mañanas a Shoter Marker; pero... — miró al «policeman» —. ¿Qué ocurre, señor Wallace?

Éste señaló el lecho.

—Mire a Helen, por favor.

Ella se acercó, cautelosa; pero el médico se le adelantó, echando la ropa hacia los pies de la cama.

—¡Dios mío !

El doctor cubrió nuevamente a la enferma.

—¿Cómo estaba Helen Wallace ayer, señora?

—Como nosotros, señor. Fresca y viva, que daba gusto verla... ¿Qué cosa horrible le ha ocurrido?

El médico hizo un gesto a Pat y éste condujo amablemente a la visitante hasta la puerta.

Luego, cuando regresó junto al médico, preguntó:

—¿Me cree ahora?

Pero el otro no parecía escucharle.

—Es incomprensible... un caso inédito... — levantó la cabeza y contestando a lo que Pat le había preguntado—. Sí, le creo, señor Wallace. Y deseo que me perdone, pero...

—No tiene importancia. ¿Qué es lo que tiene mi esposa?

—Pues... francamente, no lo sé. Tenemos, desde luego, que trasladarla inmediatamente al Council Hospital. El profesor Watkins es una verdadera autoridad en endocrinología y él sólo podrá diagnosticar este caso extraordinario. ¿Me permite que avise una ambulancia?

—Haga, haga...

Al quedarse solo, Pat miró hacia el lecho, experimentando un dolor atroz; después, incapaz de estarse allí, pasó al salón, donde sus ojos tropezaron con el osezno.

Tiste le miraba con sus pequeños ojos brillantes.

Wallace se puso de rodillas, acariciando al animal. Como la noche anterior, la bestia ronroneó dulcemente.'

—Ya está — dijo el médico, que entraba en aquel momento. Y mirando al animalito—: ¿Qué es eso?

Pat le explicó lo ocurrido.

—Parece un osezno — dijo el doctor.

—Sí, eso parece…

La sirena de la ambulancia se dejó oír en aquel instante.

—¿Quiere usted bajar para indicarles el piso, señor Wallace ?

—Sí.

Una vez solo, el médico acarició al animal; luego, cogiendo valor, lo tomó en sus brazos, extrañado de su extraordinario peso.

—¡Caramba! —exclamó—. Ni que tuvieses el cuerpo de plomo, amiguito.

Y volvió a dejarlo con una sonrisa sobre la alfombra.

* * *

Lionel Watkins frunció el entrecejo. Estaba rodeado por un grupo de internos que, como él, contemplaban el cuerpo enlaciado de la joven.

Watkins tenía una radiografía en la mano.

—Desde luego — dijo, después del prolongado silencio que había seguido al examen de la paciente —, se trata de un caso extraordinario de caquexia. Y lo más extraño de todo es que la hipófisis, que podía habernos dado la explicación parcial de lo ocurrido, es completamente normal.

El doctor que había visitado a Helen en su casa estaba allí, al lado del profesor.

Y fue él quien preguntó :

—Pero de todos modos, ¿cómo se explica una desnutrición tan repentina? Esa mujer estaba normal ayer por la noche.

Watkins se volvió hacia él.

—Ya lo sé, doctor. Y ésa es otra de las preguntas que me he venido haciendo desde que me trajo usted a la paciente. La caquexia hipofisaria es un proceso normalmente largo y perfectamente diagnosticaba. Pero este caso. se sale de lo conocido y tendremos que estudiarlo con mucho detalle para llegar a explicárnoslo.

—¿Cuál es su pronóstico, profesor?

—Fatal. No hay nada que hacer para que esta pobre mujer se recupere. Ha perdido no sólo las reservas grasas, que han desaparecido totalmente, sino que la albúmina brilla también por su ausencia. Hay una hipoproteinemia tan intensa, incluso en lo que se refiere a las moléculas hemáticas, que no sé cómo puede vivir aún.

Y mirando a sus alumnos:

—La caída vital es intensísima. El hambre celular se ha agravado con la alteración de las albúminas y proteínas del protoplasma. La mielina nerviosa ha desaparecido igualmente y, como hemos visto, ya no hay reflejos de ninguna clase.

Bajó la voz.

—Es de esperar que la autopsia nos ayude un poco más.

Helen Wallace moría una hora más tarde.

CAPÍTULO IV



ILTON encendió un cigarrillo.

—¿Qué les explicó la autopsia? —inquirió Nick, que acababa de servir las bebidas.

—Nada, Lo que hizo fue plantearnos problemas muy difíciles,

—¿Por ejemplo?

—El más importante era el que el cuerpo de Poitier no llevaba huellas de haber estado en contacto con el frío del espacio.

—¿Eh? — Larry se extrañó sinceramente —. ¿No irás a decirnos que el satélite no se desgarró?

—Nadie intenta decirte tal cosa, Preston. Lo único que he dicho es que el cuerpo de ese hombre debía haber tenido huellas del tremendo frío espacial.

—¡Pero si lo metieron en la cámara frigorífica!, ¿Cómo querías que se viese algo?

Milton sonrió.

—No me he explicado bien — dijo —. Cuando un organismo entra en contacto con un frío tan intenso corno el del espacio, se produce una coagulación celular y, al mismo tiempo, aparecen una

serie de manifestaciones en la piel, que hacen pensar en los electrocutados. El frío «quema», ya lo sabéis. Durante las guerras últimas pudo observarse que un descenso de temperatura que fuese brutal producía lesiones en todo comparables a las de una quemadura.

—¿Y Poitier no tenía nada de eso?

—No. El frío de la cámara ya no tiene importancia, puesto que se trata de una variación «post mortem»

— frunció el entrecejo —. Era como si el cuerpo hubiese sido inmediatamente protegido por una substancia aislante.

—¡Las granulaciones!

—También he pensado yo en eso; pero, por desgracia, nadie las ha vuelto a ver fuera de las fotos que aquel médico tomó.

—¡Yo las vi! —exclamó Nick.

—Ya lo sé, amigo mío. El profesor Tanager piensa que se trataba de una alteración superficial de la piel, al ponerse en contacto con el frío espacial, o quizás un fenómeno debido a los rayos cósmicos, a los que estuvo sometido el cuerpo desnudo de Poitier; pero ambas hipótesis, como él se vio obligado a confesarlo, carecen de base lógica.

—¿Por qué?

— Porque cambios tan intensos en la piel no se hubieran borrado tan velozmente.

Hubo una pausa.

—¿Han devuelto el cuerpo a la familia? —preguntó Larry Preston.

—Sí — repuso el médico —. Pero nos hemos quedado con varios órganos, que están estudiando en estos momentos.

—¿Crees que encontrarán la explicación a todo eso?

—No. Es muy improbable. Vi los órganos que sacaban del cuerpo de aquel hombre y eran, sin duda alguna, normales.

El teléfono repiqueteó en aquel momento.

Nick, que cogió el aparato, escuchó con atención, limitándose de vez en cuando a decir «sí, señor». Cuando colgó el micro teléfono se volvió hacia sus amigos.

—Era el general.

—¿Qué quería?

—Vemos. Es importante. Creo que hay vuelo a la vista…

—¿Dónde nos espera?

—En la base. Me ha dicho que el profesor Tanager está con él.

Aquello interesó a Brady:

—¿Cómo? ¿Tanager con el general? ¿Me dejáis que os acompañe?

—Bien. Pero te advierto que tendrás que esperamos en el hall.

—Es igual.

*   *   *

Clark Tanager estaba sentado en el despacho del general Martin y miró a los dos jóvenes pilotos de experiencias cuando se cuadraron ante su superior.

—Tomen asiento — les dijo el general.

Y cuando les hizo admitir un cigarrillo:

—Voy a necesitaros nuevamente, muchachos. El examen del cuerpo del francés ha despertado, según parece, mucho interés entre nuestros hombres de ciencia, que no se explican bien lo ocurrido. Creo que lo mejor será repetir la experiencia.

—¿Cómo? —se alarmó Nick—. ¿Vamos a enviar un hombre al espacio?

Martin sonrió.

—No, no estamos tan locos, muchacho. Hasta que no tengamos seguridades completas, no haremos tal cosa. Lo que nos proponemos es lanzar otro satélite con un perro y un mono en el interior. Haremos que el aparato se abra en el espacio y recogeremos al animal por el mismo procedimiento que recogimos a Poitier.

—Comprendo.

—Lo interesante es examinar esa granulación que desapareció de una manera tan misteriosa. El profesor Tanager, aquí presente, está seguro de que eso nos permitirá esclarecer muchísimas cosas.

Larry asintió.

—Estamos dispuestos para cuando lo desee, señor.

—Ya lo sé. Repetiremos cuanto hicimos para recuperar ese satélite artificial. Lanzarán ustedes dos «London» y veremos si podemos satisfacer la curiosidad de nuestros científicos.

—Es muy importante — intervino Tanager, mirando a los dos jóvenes —. Hasta ahora, los temores a muchas cosas han impedido que lanzásemos un hombre al espacio. Pero habiendo descubierto el procedimiento de recuperar los satélites, cosa que el gobierno británico quiere que se mantenga dentro del más absoluto secreto, podremos anticipamos, conociendo los peligros que para el cuerpo humano tiene la salida al espacio exterior.

«El que el cuerpo de Poitier no sufriese, en absoluto, la acción del frío espacial debe tener una explicación ligada a aquellas granulaciones que, por desgracia, desapareció con una rapidez tremenda. Esta vez tendremos sumo cuidado en que puedan ser observadas en cuanto el satélite aterrice.

—¿De acuerdo, muchachos?

—Sí, señor.

—Bien. Dentro de tres horas estará todo preparado y antes de quince minutos, en cuanto yo dé la orden, se lanzará el satélite con un animal en el interior.

Se habían puesto en pie.

—¿Nada más?
—Nada más. No se muevan de la base, para que pueda avisarlos.
—A la orden.
Minutos más tarde explicaban a Milton, que les esperaba en la cantina, todo lo que les habían dicho.
—¡Esto se pone interesante! —exclamó el joven médico, entusiasmado.
—Ahora es distinto — dijo Nick —. Ya no estaremos tan preocupados como en el primer viaje, ¿eh, Larry?
—Evidente. En aquella ocasión estábamos pendientes de salvar una -rida humana; ahora se trata de exponer un animal a la acción del espacio y de recuperar un simple cadáver.
—Voy a hablar con el general — dijo Brady.
—¿Para qué?
—Quiero que me deje trabajar con el profesor Tanager. Este asunto me apasiona.
Los dos pilotos sonrieron.
—Ve. Todavía deben estar en el despacho. Seguro que Tanager acepta tu colaboración. Ya sabes que si podemos ayudarte a hacerte célebre...
—¡Gracias, amigos! Ojalá resulten las cosas como yo las pienso.

* * *

MacMillan levantó la cabeza, mirando amistosa y cordialmente a Pat.
—¡Hola, muchacho!
—Buenos días, sargento. Le agradezco muchísimo que viniese al entierro.
—Cree que lo lamento de todo corazón, Wallace.
—Ya lo sé.
Hubo un silencio.
Pat había faltado tres días al servicio, ocupándose del entierro de Helen y de su traslado, nuevamente, al cuartel. No podía soportar vivir en la casa donde había sido, a la vez, tan feliz y tan desdichado.
—Siéntate, Pat.
—Gracias, señor.
— ¿Un cigarrillo?
—Sí.
MacMillan, cuyo carácter no era precisamente cómodo, estaba afectado de una manera sincera por 1a. desgracia de aquel joven subordinado, al que apreciaba mucho.
—Tengo que decirle algo, sargento.
—Te escucho.
—Habrá de perdonarme; pero, con todos estos jaleos...

— ¿Qué ha ocurrido?

—Perdí el osezno.

MacMillan sonrió.

—¡Al demonio todos los oseznos! ¿Sabes que hemos encontrado cinco más en estos días?

—¿Es posible?

—Sí — señaló un rincón —. Los tuvimos ahí durante una noche. Yo estaba de guardia y puedo confesarte que me pusieron nervioso al ver como me miraban, fijamente, como si estuviesen esperando a que me quedase dormido.

Una triste sonrisa entreabrió los labios de Pat.

—Son inofensivos, sargento.

—Ya lo sé; pero de todos modos acabaron por ponerme nervioso. Y salí a la calle, fumándome unos pitillos para despertarme. Cuando regresé habían desaparecido.

— ¿Se escaparon?

—Sí, aunque aún tengo que explicarme cómo lo hicieron. Cerré la puerta del despacho y sólo quedó abierto el ventanillo, pero no lo suficiente para que cupiesen por la rendija... ¡Vaya bichos!

La llegada del agente de primera Foster les interrumpió.

Richard Foster era un buen amigo de Pat, al que no había visto por las necesidades del servicio que había planteado la falta de éste.

Le estrechó la mano, después de saludar al sargento.

—Lamento mucho no haber podido ir a los fuñerales, Pat.

—Lo comprendo.

MacMillan intervino.

—¿Hay algo de nuevo, Foster?

—He recogido los informes de todos los agentes de servicio esta noche, señor.

—¿Y qué?

—Todos hablan de una verdadera invasión de ratas en Londres. ¿Recuerda aquellos animales que le traje?

MacMillan miró a Pat:

—Se refiere a los oseznos, Wallace.

—¿Tú también los conoces? —inquirió Foster con una sonrisa.

—Wallace — repuso el sargento — fue el primero en coger uno. Lo tuvo en su casa hasta que se le escapó. Como todos los que cogimos nosotros.

—Los muchachos — siguió diciendo Foster — están creídos en que se trata de ratas y han hecho un informe en ese sentido. De todos modos, por lo que he podido leer y usted, sargento, comprobar, han visto más de doscientos esta noche.

—¿Tantos?

—Sí.

MacMillan frunció el ceño.

—Tendré que comunicarlo a la central. La cosa es ya lo bastante importante para hacerlo.

Y descolgó el teléfono.

Momentos después estaba en comunicación con el superintendente, al que explicó lo que ocurría.

—No le extrañe, MacMillan —dijo su interlocutor—. He recibido informes parecidos de otras comisarías. Voy a ponerme en comunicación con Higiene. Creo que se trata de una invasión de ratas de una nueva especie.

—Parecen oseznos, señor.

—No estamos en Canadá, sargento. Lo que ha pasado, con seguridad, es que algún barco nos ha dejado ese regalo… Una pareja y… ¡paff! Ya sabe usted cómo se multiplican esos animalitos. Pero no se preocupe, los servicios de higiene se encargarán de limpiarnos las calles en un abrir y cerrar de ojos.

* * *

—¡Suelta el segundo, Nick!

Walter obedeció y el «London» brotó, como una exhalación, de la parte inferior del «Escualo», yendo a incluirse en la órbita del satélite, que ya estaba pegado al campo magnético del primer «London» y que no tardó en unirse al segundo.

Realizaron el resto de la maniobra con una seguridad sorprendente.

—Dentro de poco — dijo Larry— daremos clase, en la base, de una nueva asignatura: «Caza de Satélites Habitados».

Nick sonrió.

—No creas que es un trabajo que me entusiasma, Larry.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo olvidar lo que ocurrió la primera vez.

—Hay que olvidarlo, amigo. Nosotros no tuvimos culpa alguna.

Hubo un silencio.

—¿Crees que el cadáver del animal que hayan puesto mostrará aquella misma granulación que el de Poitier?

—No lo sé. Como tampoco sé qué clase de bicho habrán metido en el satélite.

—Pronto lo veremos.

—¿Tienes ganas de asistir al aterrizaje?

—Desde luego. Milton me ha metido el interés en el cuerpo. Y no olvides que cuando Brady se preocupa por una cosa, es que vale la pena. Ese medicucho que es nuestro amigo terminará siendo mi profesor.

—También lo creo yo. Milton vale mucho.

—Lo que más me gusta de él es su sencillez. ¿Te has fijado en que no presume, como muchos otros, sabiendo más que ellos?

—Sí.

La base comunicó, en aquel momento, sus instrucciones finales.

—Bueno— dijo Larry, cuando la comunicación se cortó —, creo que ya hemos cumplido con nuestra misión. Vamos a aterrizar para llegar a tiempo al espectáculo.

Adelantaron al satélite y los dos «London», logrando aterrizar cerca de cinco minutos antes de que lo hiciese el otro «complejo aéreo». Un «jeep» los llevó junto a los militares, técnicos y médicos que esperaban ansiosamente hacer las primeras observaciones.

El general Martin hablaba con un grupo de doctores.

—He pensado en ustedes, amigos míos — decía —. La sección técnica que preparó el satélite artificial logró, además de que éste se abriese en determinado momento, que se volviese a cerrar veinte minutos más tarde.

—¿Para qué? — inquirió uno de los profesores.

—Porque deseaba proteger esa granulación que tanto les interesa. Su desaparición anterior nos demostró que era muy posible que fuese debido al cambio de temperatura, cuando el cuerpo de Poitier llegó a la tierra; por eso, para evitar, en cierto modo, esa desaparición, un mecanismo especial ha cerrado la fisura que se abrió, voluntariamente, en el satélite.

—¿Y no cree usted, general, que eso puede alterar las condiciones del experimento?

—Espero que no.

—De todos modos, señores — observó el profesor Tanager, que estaba al lado del general —, vamos a comprobarlo inmediatamente, ya que el satélite está aterrizando.

Todos subieron a los vehículos, cuyos motores se pusieron en marcha, preparándose los conductores para llevarlos junto al aparato que ya empezaba a tocar tierra con las ruedas de los dos proyectiles teledirigidos que le servían de larguísima proa.

Los dos pilotos, en el mismo vehículo que les había llevado hasta ahí y al que se había subido, en última instancia, su amigo el doctor Brady, fueron, gracias a la audacia de Larry que lo conducía, los primeros en llegar junto al satélite.

Abandonando el vehículo, los tres hombres subieron a las aletas del segundo «London», examinando el satélite y su interior a través de la capa de plástico que había cerrado la abertura.

El cuerpo de un mono, un chimpancé pequeño, yacía, atado con correas, a la litera de la cabina.

¡Su cuerpo estaba cubierto por una granulación grisácea!

—¡Lo hemos logrado! — estalló Nick, sinceramente contento.

Una plataforma especial, que uno de los vehículos llevaba a remolque, fue colocada de manera a permitir que sus ocupantes pudiesen contemplar el satélite cómodamente, sin necesidad de andar sobre él.

—Ha sido un triunfo — dijo Tanager, sonriendo al general.

—¿Está usted contento?

—Mucho. Pero hay que tomar ciertas precaucionas.

—Usted dirá.

—Me agradaría que fuese el satélite entero, tal como está, el que fuese al interior de la cámara frigorífica. Estudiaremos después la manera de observarlo.

—Bien. Voy a dar las instrucciones pertinentes.

CAPÍTULO V


ACMILLAN tamborileó insistentemen-te sobre la mesa de su despacho.

Los once hombres a sus órdenes estaban allí de pie ante él. Los miró, uno a uno; después:

—Esta noche, muchachos, hemos de colaborar con los de la higiene. De todos los distritos, el nuestro parece ser el más afectado por esos... «oseznos». Nadie como nosotros conoce los escondrijos del barrio donde esos animales pueden ocultarse. Por eso hemos de acompañar a los muchachos de la higiene, señalándoselos. Ellos llevan aparatos de «desratización» y acabarán con los bichos en pocas horas.

—Tú, Pat, irás en el primer equipo, ocupándote de Fulton Street, hasta Belvedere Square. ¿Entendido?

—Sí, sargento.

—Tú, Thomas...

Y así siguió distribuyendo sus fuerzas.

Cuando hubo terminado de explicar las misiones de cada uno:

—Yo iré de un grupo a otro para ir recogiendo la información que he de remitir mañana a la Central. ¿Alguna pregunta?

Nadie despegó los labios y MacMillan consultó el reloj.

—Dentro de cinco minutos estarán aquí esos muchachos.

Así ocurrió, en efecto.

Pat Wallace fue presentado a un joven, cargado con un misterioso aparato a la espalda y que le estrechó la mano, cordialmente.

—Me llamo Cornel Swiwf — dijo.

—Yo, Pat Wallace.

—Encantado.

—Lo mismo digo.

Y, después de una pausa, propuso:

—¿Nos largamos?

—Cuando quieras.

Salieron a la calle y Pat le condujo hacia el sector que había sido siempre el suyo.

—¿Qué es lo que llevas ahí dentro? — inquirió el policía, curioso.

—Es una especie de pulverizador. Contiene una sustancia especial para matar los roedores. Es completamente inofensivo para nosotros.

—¿Cómo lo harás?

—Rociando los lugares donde esos bichos se encuentren. La verdad — añadió, con una sonrisa — es que jamás los he visto. Y lo mismo les ocurre a mis compañeros.

—¿No habéis conseguido llevaros ninguno?

—No.

—Yo recogí uno, una noche, y lo llevé a casa. Justamente, aquella

misma noche, mi esposa se puso muy enferma y murió al día siguiente.

—¡Es horrible!

Caminaron unas yardas más en silencio.

—Oye, Pat...

—¿Qué?

—¿Estás seguro que ese animal no mordió a tu mujer?

—¿Eh? ¿Qué intentas decir?

—Nada. Pero yo he estudiado un poco a las ratas y sé que son capaces de transmitir enfermedades muy malas.

—No creo que fuese el osezno, así los llamamos por su aspecto. Era muy dócil...

—¿Cerrasteis la puerta de vuestro dormitorio? — insistió el otro.

—No. Pero creo que estás equivocado.

—Es posible.

Las palabras de Cornel intrigaron no poco al «policeman», que empezó a pensar seriamente en aquella posibilidad.

Pero le parecía imposible.

Además, ¿por qué el osezno, en caso de que fuese él el culpable, no le había hecho nada a él?

Era absurdo.

Habían llegado a la zona definida. La noche era, bastante oscura y Pat guió cuidadosamente a su compañero. El «policeman» iba dotado de una poderosa linterna que, de vez en cuando, encendía, apuntando a los rincones donde podían encontrarse los animales.

Durante cerca de una hora vagaron de un lado para otro, sin hallar la menor huella de los oseznos.

Hasta que Pat iluminó a uno.

El animal estaba arrinconado y Wallace se lo señaló a su compañero:

—¡Ahí tienes uno!

Cornel no se hizo rogar.

Un chorro verdoso brotó de la espita de su aparato, con una presión formidable, envolviendo al osezno, que permaneció inmóvil.

—No le queda ni medio minuto de vida — anunció el de la higiene.

Curiosamente Pat siguió iluminando al animal, experimentando, sin poderlo evitar, un sentimiento de conmiseración hacia la bestia, que había recibido el chorro mortal sin pestañear, ignorante de lo que aquello significaba.

—No lo entiendo...

—¿El qué?

—Han pasado cinco minutos y ese animal está como si nada...

—Quizá la dosis sea insuficiente.

—Puede que tengas razón. Espera y verás.

Un nuevo chorro cayó sobre la bestia.

— ¡Esta vez está arreglado! Con lo que le he echado encima, hay para matar medio centenar de ratas.

Pero no ocurrió nada.

Permanecieron allí quince minutos más.

El animal, que estaba acorralado, los miraba con sus pequeños ojuelos brillantes, respirando con toda tranquilidad, curioso como si todo aquello no fuese con él.

—¡Por cien mil bombas! — exclamó Cornel —. ¡Que me aspen si lo entiendo!

Se volvió hacia el policía.

—¿Por qué no le pegas un tiro, Pat?

—¿Eh? —se alarmó Wallace—. ¿Quiere que despertemos a todo el barrio?

El otro se encogió de hombros.

—Es más importante llevar el cadáver de uno de estos bichos al Departamento. ¿No te das cuenta de que estos animales resisten algo que, hasta ahora, ha sido infalible? Si llevamos el cuerpo que éste al laboratorio, lo estudiarán y contribuiremos a descubrir la manera de destruirlos. Si se multiplican como las ratas, y ya se han visto por todo Londres, pueden convertirse en una verdadera plaga y poner en peligro la salud pública.

Pat lo pensó y llegó a la conclusión de que su compañero tenía la razón.

Sacó la pistola.

—Voy a exponerme —- dijo — a una bronca del sargento; pero, por lo visto, no hay otro remedio.

Apuntó cuidadosamente y oprimió el gatillo con decisión.

La explosión pareció un cañonazo, ya que se encontraba en una especie de estrecho callejón que multiplicó, hasta lo inconcebible, los ecos del disparo.

Empezaron a abrirse las ventanas de Fulton Street y algunas mujeres gritaron.

Cuando la nube de pólvora se disipó, los dos hombres se acercaron al rincón.

¡El animal había desaparecido!

En su lugar, una mancha pegajosa, de cerca de una pulgada de alto, brillaba intensamente a la luz de la linterna de Pat.

No se veía, por parte alguna, resto de lo que habían visto: el cuerpo del osezno había desaparecido por completo, esfumándose, como si jamás hubiese existido.

—¿Llevas balas atómicas?— inquirió sonriendo el de la higiene.

Pero Pat se había arrodillado y miraba detenidamente la mancha

del suelo.

—Parece grasa... — musitó.

Fue en aquel momento cuando el sargento desembocó, seguido por varios agentes, en la calle, deteniéndose junto a Wallace.

—¿Qué demonios ha pasado, Pat? ¿Por qué ha disparado?

Intervino Cornel:

—Rociamos al animal con líquido suficiente para matar un centenar, señor. Entonces, pensando que el laboratorio agradecería el que le llevásemos un cadáver, dije a su agente que disparase.

—¡Han alertado todo el barrio!

Miró hacia el rincón.

—¿Y dónde está el cuerpo?

Pat señaló la masa viscosa que se extendía sobre el suelo.

—Eso es todo lo que ha quedado, señor.

—¿Eso?

—Sí.

MacMillan se encogió de hombros.

—Llamaremos a los del laboratorio para que lo analicen. Después de todo, ustedes dos han sido, en nuestro sector por lo menos, los únicos que han logrado algo positivo. Nosotros no hemos conseguido matar ni uno de esos malditos bichos.

* * *

Habían dispuesto el auditórium de la base, una especie de gran sala de conferencias, montando en el centro una especie de caja de plástico transparente, de manera a aislar a los que observasen directamente el cadáver del mono del resto de los espectadores.

La cámara de frío comunicaba directamente con aquélla especie de jaula de cristal, cuyo techo estaba también formado por una lámina de plástico.

Todo aquello había sido idea del profesor Tanager, que deseaba mantener completamente aislada la zona donde iba a examinarse el cuerpo del cuadrumano y sus misteriosas granulaciones.

El, Tanager, con un grupo de ayudantes, apareció cuando las entradas del auditórium estaban repletas por miembros de la base, todos ellos de alta graduación militar y miembros de la clase médica, todos ellos profesores, excepto Milton Brady, que frunció el ceño cuando vio que no se les iba a permitir la entrada en la «jaula».

Le cupo la suerte, no obstante, de estar situado en primera fila, no lejos de la puerta por la que Tanager y sus ayudantes, tres en total, habían penetrado momentos antes.

Un sistema de micrófonos y megáfonos unía el interior de aquel receptáculo con la totalidad de la sala de conferencias.

El profesor Watkins, que también asistía a aquella demostración,

estaba justamente sentado a la derecha de Milton, al que conocía por haber sido su profesor en Endocrinología.

Una vez en el interior de la «jaula», Tanager se acercó a uno de los micrófonos.

Su voz sonó, instantes después, firme y digna, como correspondía a la importancia de aquella reunión.

—Señores... — empezó a decir—-, todos ustedes conocen el motivo que nos ha traído aquí, aunque ninguno de nosotros sabemos aún las conclusiones que sacaremos de las observaciones que, de aquí a unos instantes, se hagan sobre el cuerpo de un chimpancé que acababa de regresar del espacio exterior.

«Durante mucho tiempo la ciencia deseaba tener esta extraordinaria oportunidad, que ha sido viable gracias al ingenio de nuestros técnicos y al valor de dos de nuestros pilotos de pruebas. Vaya a ellos nuestro agradecimiento más sincero.

»Hemos enviado muchos satélites artificiales al espacio en estos últimos años. Algunos giran alrededor de la Luna y otros, destinados a planes más ambiciosos, se han convertido en planetoides, siguiendo una órbita alrededor del Sol. Pero, por desgracia, no pudimos, en ninguna ocasión, hacer que uno solo de ellos volviese a la Tierra para poder estudiar las modificaciones vitales que se habían producido en los seres elementales que enviamos con ellos.

»Ha sido necesario que la locura criminal de unos desconocidos se propasase en sus derechos, mandando a un hombre al espacio, para que se consiguiese, con la sola idea de salvarle, hacer que un satélite regresase indemne a la Tierra.

«Circunstancias que todos nosotros comprendemos nos impidieron tomar ciertas medidas de seguridad a la llegada del cuerpo del desdichado Henri Poitier a esta base. Esto nos ha obligado a repetir la experiencia, y esta vez sí que las hemos tomado, de forma a impedir que esa misteriosa granulación que a todos nos preocupa no desapareciese como ocurrió la vez primera.

»La cámara de frío fue dotada de una ventanilla por donde hemos venido observando el cadáver del simio y dándonos cuenta de que la granulación persiste, envolviendo su cuerpo de una manera casi total.

»En el caso de Henri Poitier, y gracias a su viuda, pudimos comprobar, con asombro, que su cuerpo no había sufrido, en absoluto, la acción del frío espacial, uno de los más agudos problemas que la astromedicina se ha planteado en estos últimos tiempos. No nos pareció natural la ausencia de lesiones que el frío debía haber producido, ya que el cuerpo de Poitier estuvo expuesto, por la rotura de la envoltura del satélite que le transportaba, a él.

«Pero nuestro asombro no paró ahí.

«La observación macroscópica y microscópica de las vísceras de

ese hombre, que se realizaron cuidadosamente en mi propio laboratorio y bajo mi control personal, nos ha demostrado de una manera inequívoca que tampoco ha sufrido la acción de otro de los enemigos de los viajes espaciales: los rayos cósmicos.

»Y, sin embargo, todos nosotros sabemos perfectamente que la intensidad de ese tipo de radiaciones es tan fuerte en las capas exteriores de la atmósfera, que debían haber lesionado profunda e intensamente el organismo de ese primer forzoso viajero del espacio.

«Ninguna hipótesis es válida para explicar esos hechos que, a todas luces, contradicen los conocimientos que sobre ellos poseemos, ya que para nadie son un misterio los mensajes que nuestros satélites enviaron y que corroboran sin duda alguna la existencia de una mortal radiación en esas zonas.

»¿Son responsables esas granulaciones que hemos descubierto de la falta de alteraciones anatómicas en el cuerpo de Henri Poitier?

Señaló la cámara.

—Ahí dentro — prosiguió, después de unos instantes de silencio — tenemos, seguramente, la respuesta a todas las preguntas que nos hemos venido haciendo desde hace unos días. Por eso la importancia de lo que vamos a hacer es obvia y ha despertado tanto entusiasmo en el mundo científico.

Sonrió.

—Ahora, amigos míos, vamos a pasar de las palabras a los hechos.

Hizo un gesto y uno de sus ayudantes abrió la cámara y penetró en ella, seguido por otro. Momentos después empujaban la camilla sobre la que se veía el cadáver del chimpancé.

No cabía duda alguna.

El cuerpo del pequeño simio estaba completamente cubierto de una masa granulosa, de color grisáceo, que hacía pensar a un enmohecimiento, aunque los copos grises eran de tamaño uniforme.

El silencio era intenso.

Enfundados en sus batas blancas, los ayudantes y el profesor se acercaron al cuerpo y Tanager lanzó una mirada detenida al mono.

Llevaba un minúsculo micrófono colgando del pecho y lo utilizó para decir:

—La granulación, como ustedes ven, cubre la totalidad del cuerpo del simio. Ahora vamos a extirpar algunos de estos gránulos, que pasarán a la sección de microbiología.

Entonces ocurrió lo inesperado.

Toda la granulación desapareció, como por ensalmo, del cuerpo del antropoide, posándose directamente sobre los rostros de los hombres que estaban allí dentro y cubriéndolos con una masa grisácea horrorosa.

Las caras desaparecieron.

Un grito de espanto brotó de la asamblea.

Sin dudarlo, Milton hizo ademán de dirigirse hacia la puerta, que tenía cerca de él, pero el potente puño del profesor Watkins se cerró sobre su brazo.

—¡No!

—¡Déjeme! ¿Vamos a abandonar a esos hombres?

—Creo que no podemos hacer nada por ellos. Si abrimos, nos ocurrirá lo mismo.

— ¡Déjeme!

El general Martin, seguido de algunos jefes, llegó a aquel lugar.

Lionel Watkins se volvió hacia él.

—¡Ordene que no abra la puerta, general!

—Pero...

—¡Es un peligro espantoso!

El revuelo era general.

Había quien, como Milton, deseaba hacer algo por aquellos desgraciados, que, después de intentar, con las manos, despegarse la masa grisácea que cubría sus rostros, habían caído al suelo, retorciéndose, como si estuviesen siendo sometidos a una tortura indecible.

Pero el general se había dado cuenta, como el profesor, del peligro que significaría dejar en libertad aquellas horribles granulaciones, que parecían dotadas de un ansia homicida incontrolable.

—¡Comandante Lerson!

—¡A la orden!

—¡Póngase junto a la puerta e impida que nadie la abra! Es usted responsable.

—Sí, mi general.

Lerson era su ayudante.

El comandante sacó la pistola y se colocó ante la puerta transparente y volviendo la espalda, con un gesto de humano asco, a la escena que se desarrollaba en el interior de la fatídica jaula.

—¡Están creciendo! —gritó alguien.

Todos miraron hacia allí, viendo que, en efecto, algunas de las granulaciones habían adquirido el tamaño de balones de fútbol. Eran cuatro, perfectamente visibles entre las otras.

Éstas se pegaron a la masa de sus compañeras gigantes, abandonando entonces los cuerpos de los desdichados que allí yacían.

Sus rostros no habían sufrido alteración alguna, pero la delgadez que se observaba en ellos, así como en el resto de sus cuerpos, sobré los que la ropa parecía flotar, hizo que el profesor Watkins lanzase una exclamación de asombro:

—¡La caquexia!

—¿Qué significa eso? —inquirió el general.

—Hace unos días, señor — explicó el médico, con voz emocionada —, se vienen recibiendo en los hospitales de Londres unos enfermos que nos han sumido en un mar de confusiones. Se trataba, con toda evidencia, de caquécticos; es decir, de pacientes afectados por una dolencia que hacía que adelgazasen tremendamente, hasta morir por el fenómeno que nosotros llamamos «hambre celular».

»Hasta ahora, el origen, la etiología de esta enfermedad estaba muy bien definida. Se trataba de un mal largo, de gran duración, en el que el organismo, depauperándose progresiva y lentamente, llegaba a perecer por inanición.

»Pero los casos observados últimamente nos demostraban que la enfermedad se desarrollaba, de una manera increíble, en pocas horas, cosa que estaba en contra de todo lo que sabíamos sobre caquexia.

Señaló la jaula.

—¡Ahora, con nuestros propios ojos, podemos ver cuatro cadáveres en los que el desarrollo de la caquexia se ha producido en pocos minutos! Al mismo tiempo, se nos ha dado la explicación y el origen del mal, ya que no cabe duda de que todos los enfermos que han muerto en nuestros hospitales fueron atacados por las granulaciones que escaparon del cuerpo de Henri Poitier.

Martin se secó la frente, empapada en sudor frío.

—¿Está usted seguro de eso, profesor?

—Completamente. Vea esos cuerpos, mi general... Podemos sacar fotografías desde aquí.

—¿Y esas... granulaciones? ¿Qué es lo que han hecho con esos desdichados?

—¿Ve usted esas cuatro que han adquirido el tamaño gigantesco al lado de las otras?

—Sí.

—Han tomado la grasa y la albúmina de los cuerpos de sus víctimas. Fueron las primeras en llegar a ellas y las que se aprovecharon de ello.

¿Y las otras? ¿Por qué se han pegado a ellas?

—Para ver si logran tomar un poco del alimento que las grandes han acaparado.

—Entonces..., ¿se trata de seres vivos?

Hubo una pausa emocionante y todos los ojos se volvieron hacia el profesor.

—Es evidente que así debe ser.

—Eso quiere decir también que anda suelto por la ciudad un número de esas..., de esos...

—Sí. Y que nuestro deber es el de buscar el medio de destruirlas

rápidamente.

—¿Y éstas?

—Podemos dejarlas así, en observación, constantemente vigiladas, ya que no sabemos si son capaces de atravesar la lámina de plástico que nos separa de ellas. Un grupo de médicos puede quedarse aquí, con proyectores de ácidos, dispuestos a intervenir en el momento preciso.

—¿Por qué ácidos?

—Porque creo que será lo único que destruya a esas esferas. De todas maneras, tendremos que pensar en recoger algunas, sin que haya peligro al hacerlo, para someterlas a un estudio detallado. Sólo conociendo su constitución lograremos encontrar los medios seguros de destruirlas. En cuanto a las que andan libremente por la ciudad, habrá que hablar con el ministro de Salud Pública y hacerle partícipe de nuestros descubrimientos, iniciando una lucha sin piedad contra esas horribles «cosas».

—¿Cómo descubrirlas?

—Investigando en los hogares de los enfermos que se vayan presentando. El tamaño de las granulaciones es, como usted ve, pequeño; pero aumenta al nutrirse a expensas de su víctima. Equipos volantes pueden visitar los domicilios de los pacientes, rociándolo todo con sustancias destructivas y trabajando en ello hasta tener la seguridad de haber acabado con la causa de este espantoso peligro.

—¿Y... esos cadáveres?

—Por el momento, es imposible rescatarlos. Pero dejando que la cámara de frío, que ha quedado abierta, siga funcionando, podemos conservarlos indefinidamente, hasta que llegue el momento de poder recogerlos y darles cristiana sepultura.

Y después de un silencio y elevando la voz, dijo:

—Su sacrificio no ha sido vano, general. El profesor Tanager comprendió, mejor que nosotros, quizá por una maravillosa intuición, el peligro que podía significar hacer esta demostración sin las medidas que adoptó. Su nombre pasará a la historia de la ciencia y deberá ser honrado por todos los hombres del mundo. Porque ha contribuido a esclarecer uno de los problemas más arduos con los que la humanidad ha tropezado.

CAPÍTULO VI



LMER HOLDEK, el superintendente, levantó la cabeza de los informes que acababa de leer mirando al grupo de sargentos que ocupaba totalmente su despacho y que representaban las patrullas de toda la ciudad

—Si lo que ustedes quieren— dijo sin preámbulos — y sus agentes quieren es volverme loco, creo que lo van a conseguir antes de lo que imaginan.

Y señalando los papeles:

—He leído, ¡y con qué paciencia!, los informes de las distintas patrullas que anoche, en compañía de los tipos de la higiene, recorrieron la ciudad, para dar una batida y destruir esos animaluchos que han aparecido en las calles de Londres.

Hizo una pausa.

Todos se dieron cuenta de que estaba furioso y de que, además, no hacía esfuerzo alguno por disimularlo.

—¿Tendré que mandar al oculista a los agentes?—bramó—. ¿O al psiquiatra? —volvió a golpear el montón de papeles —. Todo esto demuestra que algo anda mal en las cabezas de los «policemen» londinenses. Y si algo de esto llega al público, podemos estar seguros de que nos enviarán, con toda la razón, a cultivar los campos ingleses, si es que consideran que aún servimos para ello.

«Porque está visto, o al menos es de suponer, que ayer se bebió más «whisky» del que está autorizado durante el servicio. De otra manera, lo que acabo de leer no significaría más que una broma

intolerable.

Echó mano a una de las hojas.

—Veamos lo que nos dice el agente del sector Quinto: «Vimos un grupo de ratas, contra las que el personal de la higiene proyectó el chorro de su pulverizador, no logrando ningún efecto aparente...»

«Veamos este otro, de un agente del Cuarto: «Eran gatos, aunque en nada se parecían a los que estamos habituados a ver. El resultado de la pulverización fue completamente negativo...»

»«Se parecían a unos perros lanudos, aunque eran más pequeños — dice el agente del Octavo sector—. Desde luego, no emitieron ladrido alguno y resistieron el chorro de líquido mortal que proyectamos sobre ellos...»

««Estoy completamente seguro de que se trataba de una especie de monos minúsculos, casi como los llamados «titis», que permanecieron inmóviles al recibir el líquido que se pulverizó sobre ellos, sin ningún resultado.» Esto es lo que dice un agente del Primer sector.

Levantó la cabeza y, con una sonrisa que no lo era, exclamó:

—Monos, perros, gatos, oseznos, ratas... ¿Qué diablos pasa en Scotland Yard? ¿Nos estamos volviendo majaretas... o ciegos... o simplemente tontos?

Hizo otra pausa.

—Hay un informe del agente Pat Wallace, refrendado por el sargento MacMillan, que ofrece al menos un lado positivo. Viendo que no conseguían nada con el pulverizador, dispararon sobre el «osezno» — sonrió — haciendo que éste se desintegrase... en una mancha grasosa que fue remitida, al Laboratorio Municipal.

»El resultado del análisis lo tengo aquí, sobre la mesa: se trataba, sencillamente, de grasa humana.

MacMillan se estremeció, pero no dijo nada.

—Naturalmente — prosiguió diciendo el superintendente —, Higiene se está ocupando de preparar una nueva sustancia que pueda librarnos de esos animales que, para mí, se trata de ratas que algún navío dejó en nuestra ciudad. Puede ser que se trate de una especie de roedores desconocida y que resiste a los medios corrientes de destrucción; pero, de todos modos, considero intolerable ese exceso de imaginación que nuestros agentes han demostrado.

»Desde ahora, las patrullas nocturnas serán provistas de cámaras fotográficas, viéndose obligadas a enviar las fotos a este departamento, sin comentario alguno respecto a la forma o el aspecto de los animales que vean. Nosotros tenemos ojos suficientes para poder verlo en las fotos.

«Nada más.

MacMillan se dirigió directamente a su despacho, haciendo que

uno de los agentes de guardia fuese en busca de Wallace, quien se presentó en la Comisaría media hora después.

—¿Me llamaba, sargento?

—Sí; siéntate.

Pat obedeció.

—He estado en la reunión con el superintendente que, además de muchas cosas, que ahora no importa, ha comunicado la naturaleza de la masa grasosa que recogimos cuando disparaste contra aquel animal.

—¿De qué se trataba, señor?

El sargento le miró fijamente, dudando en encontrar las palabras adecuadas; pero por último, decidiéndose, dijo:

—Era grasa humana, muchacho.

Un escalofrío recorrió la espalda del «policeman».

Y después de un largo y penoso silencio, preguntó:

—¿Comprendes lo que eso quiere decir, Pat?

Wallace asintió, con un gesto de cabeza.

—Lo comprendo, señor... Esa inmunda bestia mató a mi Helen.

Y cerró los puños, clavándose las uñas en las palmas de las manos.

—Ya no tiene remedio, Wallace; pero interesa que las autoridades conozcan esto. ¿Qué médico vio a tu esposa?

—El del Cuerpo, pero después la llevamos a la clínica del profesor Watkins.

—A ése hemos de comunicárselo ahora mismo.

—Como usted mande, sargento.

Salieron, cogiendo uno de los vehículos policiales, que el propio MacMillan pilotó, hasta detenerse momentos más tarde junto a la escalinata de la clínica fie Watkins.

Una enfermera les llevó a un salón, donde poco después entraba un joven alto.

—Soy el ayudante del profesor. Me llamo Milton Brady. ¿En qué puedo serles útil?

—Deseábamos comunicar al propio profesor alguna cosa que creemos importante — dijo el sargento.

—Bien. Si me dijeran algo de lo que se trata, podría hacer que el profesor viniese. Ya comprenderán que está ocupadísimo en su laboratorio.

—Explícaselo tú, Pat — dijo el sargento.

Wallace lo hizo detalladamente, empezando su relato en el momento en que había descubierto el osezno. A medida que iba adentrándose en los hechos, el rostro del joven médico dejaba transparentar un interés creciente.

Y cuando terminó exclamó:

—¡Es mucho más importante de lo que ustedes mismos se

imaginan! Voy a por el profesor.

A Watkins le brillaban los ojos cuando llegó al salón; era evidente que Milton le había anticipado algo.

Volvió a escuchar de labios de Pat el relato de lo ocurrido; después:

—Así que dice usted que se encontró el osezno de Fulton Street y que se dejó coger mansamente. ¿No es así?

—Sí. Lo llevé al sargento MacMillan que, no sabiendo qué hacer con él, me autorizó a llevármelo a casa... ¡Eso fue una maldición!

—Serénese. Usted llegó a casa, lo dejó en el salón, intentó darle leche...

—Fue Helen quien lo hizo.

—Ya comprendo. Después, como se desprende de lo que ha contado, dejaron la puerta del dormitorio abierta.

—Sí, señor.

—¿Y no notó nada durante la noche?

—Nada. Suelo dormirme profundamente, doctor. Me levanto muy de mañana.

—Bien. Entonces, al despertar y llevar el desayuno a su esposa, notó que ésta había adelgazado y envejecido terriblemente. Llamó al médico y éste dispuso el traslado a mi clínica. Lo demás — agregó — lo recuerdo perfectamente. Fue el primer caso...

Hizo una pausa.

—Pero lo que no me explico es que «eso» tomara la forma de un osezno.

Intervino entonces MacMillan:

—Eso depende, profesor.

—¿Qué quiere usted decir, sargento?

—Que he estado esta mañana en una reunión general de jefes de puesto, en el despacho del superintendente, y he podido oír que las opiniones respecto a la apariencia de estos animales era distinta: unos decían que eran gatos, otros ratas, otros perros de lanas...

—¿No cree usted — inquirió Milton — que eso se debe a cierto desconocimiento de la zoología?

—Es posible — repuso el profesor —; pero, de todos modos, eso no explica el porqué de esa apariencia animal. ¡Es inexplicable!

Despidieron a los policías, rogándoles que, por el momento, no comunicasen nada a nadie. Después, al quedarse solos y mientras se dirigían al laboratorio, dijo el profesor:

—Es un problema espantoso.

—No tendremos más remedio que pasar a la acción, señor.

Lionel se volvió hacia el joven.

—¿Qué quiere usted decir, Brady?

—Que tendremos que montar una experiencia, sacando una de

esas esferas del auditórium y sometiendo alguien a…

Watkins frunció el entrecejo.

—Es muy arriesgado; pero creo que tiene usted razón: no nos queda otra alternativa.

Y se alegró de haber convertido a aquel joven en su ayudante.

* * *

Acababan de ver una buena película; ésa era, al menos, la opinión de la señora Farrington, que necesitaba dar rienda suelta a sus lágrimas para juzgar bien un film.

En cuanto a su esposo, cogido a su brazo en aquéllos momentos, tampoco había salido decepcionado, ya que, dado el interés de la película y la atención que su mujer le había prestado, pudo echar un sueñecito sin que ella se percatase. Míster Farrington madrugaba demasiado para permitirse el lujo de mantener los ojos abiertos durante la noche o gran parte de ella.

Por eso, ambos, mujer y marido, se sentían llenos de esa sana alegría que se apodera de las personas poco complicadas. Dirigiéndose hacia su domicilio, atravesaron, como de costumbre, una serie de callejuelas oscuras que acortaban notablemente el camino.

Fue en una de ellas, muy estrecha y con entrantes en las desiguales fachadas, donde la señora Farrington tiró del brazo de su esposo.

—Charles…

—¿Qué quieres, querida?

—Fíjate ahí, en ese rincón. ¿No ves nada?

Él entornó los ojos, intentando descubrir algo en la oscuridad reinante; pero su miopía, aunque débil, no se lo permitió.

—No, no veo nada.

—¡Eres imposible! Yo veo algo blanco… Parece un cuerpo… o algo así.

Había un tono de susto en su voz.

—Vamos, querida. No digas cosas raras. ¿Quién va a dejar un cuerpo?

—¡Te digo que…! ¡Es un niño!

Se descolgó del brazo de su esposo, segura ahora de que no debía temer nada. Y adelantándose, valientemente, se inclinó para recoger lo que, como había adivinado, era el cuerpo de un niño.

—¡Pobrecillo, está helado!

Los Farrington habían deseado siempre un hijo; pero, después de cuarenta años de matrimonio, sus esperanzas habían dado paso a una comprensión sincera por su destino.

—¡Dame tu abrigo, Charles!

Él obedeció y ella arropó al pequeño, apretándolo cariñosamente

contra su cuerpo.

—La Comisaría no está lejos de aquí, cariño... — dijo él.

Pero la señora Farrington se volvió hacia su esposo, mirándolo con los ojos brillantes:

—¿Qué insinúas, Charles?

Él tosió antes de decir:

—¿No crees que deberíamos entregarlo a la policía, Jane?

—¿Para qué le hagan pasar una noche en «ese horrible sitio»? ¿Qué sabéis vosotros, los hombres, de los cuidados que requiere un niño?

Era como si su instinto maternal fracasado en la vida renaciese.

—¡De ninguna manera! — exclamó—. Este pequeño vendrá a casa..,, «yo lo cuidaré». Y mañana, cuando regreses del trabajo, a mediodía, comunicaremos el hallazgo a la policía. Por otra parte, estoy segura de que la ley me protege, «ya que he sido yo quien lo ha encontrado» .

Farrington se encogió de hombros y continuaron el camino hacia la casa. De todos modos, la idea de que el destino proporcionase a su esposa aquella alegría no dejaba de agradarle, y se mostraba dispuesto, si ella seguía en sus trece, a adoptar el pequeño.

«Después de todo — se dijo, esbozando una sonrisa —, nunca es tarde si la alegría llega a casa...»

Tardaron mucho en acostarse, ya que Jane removió toda la casa hasta que instaló al bebé, al que habían encontrado completamente desnudo.

—¡No sé lo que haría con la mala madre que ha sido capaz de hacerlo! — dijo la buena mujer.

Haciendo un esfuerzo, a la mañana siguiente. Charles Farrington logró salir del sopor que le envolvía, despertándose quince minutos más tarde de lo que solía hacer cada día. Aquello le obligó a marcharse al trabajo sin ni siquiera desayunar, ya que su oficina estaba en el otro extremo de Londres.

Cuando llegó, cerca de la una, se extrañó de ver que su esposa no se había levantado. Y sonrió, pensando que estaba agotada. Pero no tardó en darse cuenta que Jane no era ya más que un frío cadáver.

* * *

Once niños habían sido encontrados, aquella misma noche, en distintos puntos de la ciudad. La policía, en comunicación con el profesor Watkins, que atendió a los que todavía vivían, junto a las patrullas especiales que ya se habían nombrado, se personó en los domicilios de los que recogieron a los niños.

No encontraron absolutamente nada.

Los «bebés» habían desaparecido como, del mismo modo, nadie

había vuelto a ver animal alguno como los que, días antes, sumieron a la policía en un estado de nerviosismo comprensible.

CAPÍTULO VII


ICK entró con un ramo de flores.

—¿Te has vuelto loco? inquirió Larry, que intentaba quitar vanamente una mancha en uno de los sillones.

—¿Por qué?

Preston señaló las flores, con un gesto interrogativo.

Sin hacerle caso, por el momento, Nick deshizo el ramo y distribuyó rosas y claveles en los jarrones que había en el «living».

Miró su obra satisfecho.

Después quiso saber:

—¿No has recibido nunca a una. muchacha en tu casa?

—No — repuso, sinceramente, el otro—. ¿Se ponen flores?

—Es natural.

Hubo una pausa.

—La verdad — confesó Larry — es que Milton nos ha metido en un aprieto. Si hubiese venido solo, todo se habría arreglado sin dificultad y no hubiéramos tenido que limpiar todo esto..., que no ha quedado bien, que digamos.

—El es nuestro amigo y quiere presentarnos a esa chica.

Larry se encogió de hombros.

—¿Y quién le mandaba conocer a una chica?

Nick sonrió más comprensivo.

—¿Crees que Brady es como nosotros? Nuestro caso es distinto, Larry. Ninguna chica querrá enamorarse de verdad de un tipo como nosotros. ¿No lo comprendes?

Prestan se mordió los labios.

—Sí;— barbotó.

—Está claro que las mujeres prefieren a tipos como Milton, hombres que, después de su trabajo, regresarán, con autobús o coche, a su casita, donde ella le esperará con la cena preparada. En cambio, nosotros no podemos prometer nunca que vamos a volver, ya que cada vez que salimos es para jugamos el pellejo. ¿Qué mujer, en sus cabales, puede admitir de vivir en la constante angustia que tendría al convertirse en la esposa de uno de nosotros?

—Tienes razón.

Hubo una larga pausa; después Nick, siguiendo el hilo de sus ideas, dijo:

—Por eso seguimos solos, Larry. Y es mejor. No me gustaría dejar a alguien, sobre todo, a una persona querida, detrás de mí, cuando las toberas de mi aparato echan un chorro de fuego.

—Estoy de acuerdo.

El ruido del ascensor llegó hasta ellos.

—Ahí están — dijo Larry Preston, lanzando una crítica mirada a la estancia, que no le produjo una satisfacción completa, ni muchísimo menos.

Momentos después, habiendo sonado el timbre, Nick fue a abrir, y condujo a la pareja hasta el «living».

Larry miró a la muchacha que acompañaba al joven doctor.

Era alta, esbelta, de expresión sonriente y amable. Cuando Brady le ayudó a quitarse el abrigo, Preston se percató de que también era una mujer hermosa.

Milton dijo:

—Os presento a Marión Stone, muchachos. Éste es Larry Preston y éste Nick Walter, dos pilotos de ensayo de los que ya te he hablado.

Se estrecharon la mano, sentándose todos, excepto Larry, que se puso, a preparar las bebidas,

—Marión — explicó Milton — es ayudante en el laboratorio del profesor Watkins y allí la conocí. Será doctora el año que viene.

Nick sonrió.

—No me invitéis nunca a vuestra casa. Tendría miedo, al levantar la tapadera de la olla a presión, d» encontrarme con un trozo de cadáver.

Rieron.

Larry sirvió las bebidas; después se encendieron les cigarrillos, y Nick, dirigiéndose a su amigo, preguntó:

—¿Cómo van esos trabajos, Brady?

—Lentamente. Ya sabéis, porque os lo dije la última vez que estuve aquí, hace unos días, que se ha descubierto que las granulaciones y todos esos extraños animales y niños encontrados en la calle eran lo mismo.

—¿Qué piensa el profesor de ello?

—Todavía no se ha decidido a explicar nada, ya que es muy difícil llegar a una conclusión lógica. Estamos, por decirlo así, como el primer día, aunque hemos adelantado mucho en la identificación de ese peligro.

—Hemos oído todo lo que ha dicho la televisión—intervino Larry —. Prevenían a la gente para" que no recogiese nada en la calle ni que adquiera animal alguno. Lo malo es que no somos capaces, por ahora, de diferenciar una de esas «criaturas» de una de verdad. Para lograrlo tendríamos que exponer a una persona a la avidez de esas bestias. Sería una experiencia definitiva.

—¿Lo crees así?

—Sí. Hasta ahora no podemos saber nada positivo, si no Utilizamos ese método. ¿Cómo saber por qué las granulaciones toman la forma de animales y hasta de niños? Lógicamente, eso es imposible, ya que las que tenemos en el auditórium, y que pasan de doscientas, siguen poseyendo el mismo aspecto que cuando se desprendieron del cuerpo del mono que las trajo del espacio.

—¿Estáis seguros de que se trata de lo mismo?

—Seguros. Hemos examinado la casuística de todos los desdichados muertos por esa enfermedad, que el profesor Watkins ha llamado «caquexia fulminante». En todos los casos había habido el encuentro con uno de esos animales o el hallazgo de un niño abandonado en las calles de Londres. Por otro lado, la enfermedad era idéntica a la que Tanager y sus colaboradores sufrieron en el interior del receptáculo de plástico.

—¿No se tratará de una invasión de seres procedentes de otro planeta?

—Me extrañaría muchísimo. Aunque es posible que esas granulaciones estén dotadas de un grado rarísimo de inteligencia, algo que no podemos por ahora concebir, no se han manifestado como seres capaces de organizar una invasión de ese tipo. Las que están en

el auditórium siguen siendo tan elementales como cuando llegaron. Por otra parte, no podemos olvidar que aprovecharon la circunstancia fortuita de que el cohete que llevaba a Henri Poitier se abriese en el espacio. Sólo así, y gracias a vosotros, llegaron a la Tierra.

Hubo un silencio.

—Eso nos hace sentimos directamente culpables… — dijo Larry.

—¡No digas tonterías! —Milton sonrió—. Lo que he querido, decir es que la llegada de esas granulaciones a la superficie de nuestro planeta fue, en absoluto, casual. Eso hace obvio el que se trate de seres que intentasen invadirnos.

—¿Entonces…? —-inquirió Nick.

—Mi opinión — repuso el joven doctor —, que el profesor no ve con malos ojos, es que se trata de parásitos, de seres que viven en los espacios interplanetarios y cuyo ciclo vital ha cambiado bruscamente al encontrarse entre nosotros.

—Apenas te entiendo, amigo.

—Es sencillo. Hasta ahora, el hombre creyó en la existencia de un vacío interestelar o interplanetario, en el caso de nuestro sistema. Poco a poco, esa idea se ha ido desmoronando, como se vino abajo la del «éter» de nuestros abuelos. Es evidente, por el contrario, que, el espacio puede y debe estar dotado de vida; es decir, poseer una fauna o flora, aunque estos dos términos no convengan mucho al caso.

»Esta «vida espacial» nos era completamente desconocida y aún continúa siendo un misterio. Pero ya ha habido quien ha hablado de la posibilidad de que el futuro astronauta, además de luchar contra las condiciones especiales del espacio, se vea obligado a hacer frente a enfermedades «espaciales», producidas por «gérmenes» que tengan su habitar en el cosmos.

«Las granulaciones descubiertas en el cuerpo de Henri Poitier y capturadas después en el chimpancé entran de lleno en esa categoría de formas vivas que, al entrar en contacto con nosotros, han adquirido una nueva identidad biológica, la de «parásitos».

—Yo creía — dijo Larry — que los parásitos sólo producían la muerte de su huésped en casos extremos.

—Efectivamente. Y, si he usado el nombre de parásitos, es que estoy convencido de que las granulaciones, si quedasen entre nosotros, no serían capaces de generar, esa forma fulminante de «caquexia», sino una forma de adelgazamiento que, aunque no se pudiese combatir con efectividad, sería una especie de enfermedad consuntiva más.

—Esa es la hipótesis más lógica, a mí parecer — dijo Marión, que no había despegado los labios hasta aquel momento —. El cohete que llevaba a Henri Poitier, al ser el primero que fue recuperado por el hombre, constituyó una rotura en la barrera de protección que es la

atmósfera para nosotros, terminando con esa solución de continuidad que tanto nos beneficia.

—¿Usted cree? —inquirió Larry.

—Sí. Las enfermedades de la Tierra, contra las que el Hombre ha luchado desde su aparición en el planeta, fueron, en cierto sentido, «hechas a su medida». Verdad que algunas, como el cáncer y sus formas sanguíneas: la leucemia, así como las enfermedades mentales, han constituido los últimos baluartes de lo patógeno, conquistados recientemente por los hombres da ciencia. Pero al ser definitivamente vencidas, han demostrado ser o estar al alcance de los medios de la inteligencia humana.

»La atmósfera y las dificultades de salir al exterior nos han protegido, hasta ahora, de otras enfermedades, de otros gérmenes que nos esperan en el espacio. La, lucha contra esos males será muchísimo más dura que la que hemos librado a las dolencias terráqueas. Porque ya no están hechas a nuestra medida, sino que pertenecen a la categoría de una indudable Patología Cósmica, que presupone la idea, aún remota, de un «Homo Cosmicus».

—¡Cómo habla usted! —se maravilló Nick.

Ella sonrió.

—Por eso nos interesa — dijo, después de una corta pausa — empezar a investigar la naturaleza de la primera especie-patógena con la que hemos entrada en contacto. Desdichadamente...

Larry frunció el entrecejo.

—¿Por qué ese desdichadamente, señorita Stone?

Marion miró a Milton y fue éste quien dijo poco después:

—No tenemos, a nadie que se preste a ayudamos, Preston.

—¿Qué quieres decir?

—Necesitamos un hombre que se ponga en contacto con las granulaciones, dentro naturalmente de una serie de mecanismos protectores que ya hemos preparado.

Por desgracia, el profesor Watkins se ha negado a que lo hiciese yo.

Hubo un silencio.

Los ojos de Larry se animaron con un extraño brillo.

—¿Y qué debería hacer ese «cobayo»?

—Hemos preparado una nueva cámara, cerca de la ya existente en el auditórium. Entre ésta y aquélla se ha tendido un conducto estrechísimo, regulado por una serie de válvulas automáticas, de manera a hacer que una sola granulación sea la que pase a la nueva cámara.

—Pero ¿qué hacen esas granulaciones?

—Se mueven, flotando en el espacio, como minúsculas esferas. Han consumido ya la grasa procedente de sus cuatro víctimas y están

cada vez más inquietas.

—¿Morirán?

—Lo dudo. Mientras conservemos la bajísima temperatura de la cámara, permanecerán en buen estado.

—¿Y no han terminado de devorar los cadáveres?

—No. Extrajeron de ellos, cuando no eran cadáveres, toda la grasa y la albúmina celular y sanguínea. Está perfectamente demostrado que no atacan a los muertos.

—¿Cómo?

—Sí. Les hemos lanzado, al interior, algunos animales, entre ellos dos cerdos vivos. Estábamos seguros de que aprovecharían la ocasión de saciarse de grasa.

— ¿Y no lo hicieron?

—No. Los dos cerdos murieron, en el interior de la cámara, de frío, sin que las granulaciones se les acercasen.

—Eso quiere decir que prefieren la carne humana!

—Así es, en efecto. También está demostrado que no atacan a los cadáveres, aunque sean humanos. Por eso no lo hicieron con Henri, sobre el que se posaron por pura curiosidad o simplemente por un tactismo químico. De ahí que el cuerpo del francés no sufriese, como ocurrió con el del chimpancé, alteraciones de ninguna clase.

»Las granulaciones, al cubrir aquellos cuerpos, los protegieron del frío espacial y de las radiaciones cósmicas, formando una capa que, cuando conozcamos la naturaleza de esos parásitos, podremos imitar de forma a construir trajes espaciales de constitución semejante.

—Comprendo.

Se estableció entre ellos una nueva pausa y Larry sirvió bebidas una vez más.

—Todo eso — dijo, cuando volvió a sentarse — es muy interesante.

Miró a Nick.

Milton cazó y sorprendió aquella mirada, tomándose nervioso.

—¿Qué estáis fraguando los dos?

Larry sonrió.

—Nada.

—A mí no me engañáis — insistió el médico.

Nick se levantó, poniendo una mano sobre el hombro de su amigo.

—Estás pensando cosas raras, Milton. — Y volviéndose a la joven —. No lo conoce usted aún, señorita: es un malpensado.

—¿De verdad? — inquirió ella con una sonrisa,

—¡Palabra!

Intervino Milton, defendiéndose:

—No les hagas caso. Son una pareja de bromistas.

—Bueno — cortó Larry, seriamente —, está decidido.

—¿El qué?

—Ya tienes dos voluntarios para esas interesantes experiencias.

—¿Eh?

—Sí. Ser piloto de ensayo o cobayo en una cámara de esas, viene, no lo niegues, a ser lo mismo.

—Pero…

—Larry tiene razón — repuso Nick —. Además, va a ser una aventura de las más emocionantes.

Milton se puse en pie.

El asombro apenas le permitía hablar.

—¿Os habéis vuelto locos? ¿Creéis de verdad que voy a consentir que cometáis esa barbaridad?

—Ya nos conoces, Milton: somos un par de cabezotas.

—¡No!

—Sí, amigo mío. Y te advierto que, si te niegas, iremos a ofrecernos directamente al profesor Watkins. ¿Qué te parece?

Miró sucesivamente a uno y otro.

Trató de disuadirles.

—¿Es que no os dais cuenta del peligro que supone entrar en contacto con uno de esos bichos?

—Nos damos cuenta y queremos experimentar esa emoción — dijo Nick.

—¡Qué par de locos!

Larry se dirigió a la muchacha.

—Vamos a acompañarlos a la clínica, señorita Stone. ¿Qué le parece nuestra idea?

Ella intentó sonreír.

—Yo… — balbució, mirando a Milton.

—¡No haga caso de ese mequetrefe y conteste a mi pregunta!

Ella miró a Larry.

—Son ustedes un par de valientes de verdad — dijo con decisión — y no creo que podamos negarnos, a complacerlos.

—¡Así me gusta! —exclamó Larry jovial.

CAPÍTULO VIII



ARRY se estaba poniendo el traje.

A su lado, Nick estaba enfurruñado.

—¡Debías haber dejado que yo fuese el primero! — gruñó. ¿Por qué? Yo he sido siempre como tu hermano mayor.

—Nada de bobadas. ¿Me ayudas a cerrar la cremallera ?

Preston se había puesto una especie de «mono», totalmente en plástico, ideado por el profesor Watkins.

Unos guantes sólidos, de la misma sustancia y una escafandra, también en plástico, completaban el atuendo.

—¿Qué te parezco? —inquirió Larry, antes de ponerse la escafandra.

—¡Monísimo! Parece que vas a Marte.

—Es posible. Ya sabes que es el dios de la guerra y que esos parásitos no son nada pacíficos.

—¡Bah!

Le ayudó a colocarse la escafandra, en cuyo interior había un micrófono, en conexión directa con un altavoz situado en el auditórium. Larry no podía escuchar ni hablar más que por medio de él y los auriculares.

Pasaron a la sala de experiencias.

Watkins estaba ya allí, junto a Marión y Milton. Los tres miraron a Larry.

—Perfecto—dijo el profesor—. Parece demostrado que los parásitos no pueden atacar el plástico.

Se acercó a Larry, comprobando que no quedaba espacio alguno entre la escafandra y el traje. Después, sacando el micrófono del bolsillo, preguntó:

—¿Se encuentra usted bien ahí dentro, Preston?

—Perfectamente, señor.

Y una amplia sonrisa iluminó su simpático rostro.

—No olvide — siguió diciendo Lionel — que, en ningún caso, debe abrir la escafandra ni quitarse los guantes.

—No lo olvidaré.

—Bien, espere unos instantes. Vamos a prepararlo todo.

Se dirigió, con sus dos ayudamos, a la cámara grande.

El interior no proporcionaba agrado alguno a la vista. Además de los cadáveres de los animales que habían lanzado allí, con la intención de aumentar a los parásitos, los de los cuatro hombres permanecían en el mismo sitio, perfectamente conservados gracias a la bajísima temperatura que reinaba allí dentro.

Un estrecho tubo transparente, con los cortes de las válvulas, unían la caja de plástico primitiva con la que, del tamaño de una habitación, había, sido construida a su lado.

Nick, que les había seguido, vio las esferas, de unos ocho centímetros de diámetro, flotar allí dentro, moviéndose, de vez en cuando, con rapidez, como si fuesen empujadas por una fuerza misteriosa.

No tenía miedo alguno, pero seguía furioso por no haber sido el primero en entrar en la jaula nueva.

Watkins manejó la portezuela de salida, esperando que uno de los parásitos se orientase por allí.

No tuvo que esperar mucho.

Dos de ellos, velozmente, se orientaron hacia aquello, que era una fuente de calor, demostrando su termo tropismo positivo. Lionel tuvo que obrar con rapidez para evitar que entrase el segundo, cerrando la portezuela en cuando el primero penetró en la tubería.

Lo demás fue sencillo.

Manejando, una a una, las válvulas, fue haciendo que el parásito avanzase, hasta que lo situó en la última pequeña cámara, dejándolo, por el momento, allí.

Se volvió, acercándose a Larry y con el micrófono preguntó:

—¿Dispuesto?

La voz del joven piloto sonó, firme:

—Cuando usted mande, profesor.

—Bien. Venga por aquí.

Abrió la puerta, de acceso a la cámara; pero antes de cerrarla, advirtió:

—No olvide mis instrucciones... Intervendre-mos en cuanto sea

necesario.

—De acuerdo.

Hubo un emocionante silencio. Milton, Marion y Nick miraron a su amigo, en el interior de la cámara. El médico se mordió los labios.

Entretanto, el profesor se dirigió hacia la tubería y después de lanzar una última mirada a Larry, pulsó la válvula, observando como el parásito, después de unos momentos de duda, penetraba definitivamente en la cámara donde Preston se encontraba.

Se colocaron junto a la pared transparente, observando.

—¿Ve usted algo, Larry?

—Nada, señor.

La esfera se movía velocísima, cosa que hacía que Preston, dificultado en el interior de su molesto traje rígido, no pudiese seguir sus evoluciones.

Pasaron unos minutos de espera.

Hasta que el parásito se detuvo ante Preston.

De repente, el silencio se cortó cuando la voz de Larry sonó, extrañamente, en el altavoz:

—Hola, preciosa.

—¿Eh? —inquirió Watkins.

Y como el joven no contestase.

—¿Qué le ocurre, Preston?

—Hola, Gladys — dijo él, sin hacer caso de las palabras del profesor y dirigiéndose a alguien completamente inexistente.

—Miiton hizo un ademán, pero Lionel cortó con un gesto.

—Espere... quizá sea la explicación de muchas cosas.

Y volvió a oírse la voz de Larry.

—Hacía muchísimo tiempo que no te veía, encanto. ¿Cómo has llegado aquí?

La expresión de su rostro demostraba, sin duda alguna., que un gran gozo le había invadido.

—¿Sabes que la última vez que nos vimos, encanto, no cumpliste lo que prometiste?

Y después de una pausa.

—¿Quieres que te lo recuerde, eh? ¿Qué te regale los oídos?... Me prometiste un beso... ¿Lo recuerdas ahora?

Vieron que Larry avanzaba unos pasos, siempre en dirección al parásito, que flotaba ante él, a menos de dos metros de altura, sobré el suelo de la cámara.

—¡Tienes razón, cariño! No puedo besarte con este artefacto.

Y empezó a correr la cremallera de la escafandra.

—¡No! — aulló Milton.

—¡No se quite la escafandra! —gritó el profesor.

Pero ya era demasiado tarde.

Larry había, tirado la escafandra al suelo y casi en seguida cayó de rodillas, lanzando un alarido espantoso.

—¡Vamos!

Milton se había lanzado, seguido por Nick, hacia la puerta de la cámara, que abrieron bruscamente, corriendo hacia su desgraciado compañero que ya yacía en el suelo.

Lo sacaron precipitadamente de allí.

Una especie de tumor, que crecía a gran velocidad, había aparecido en su cuello.

—¡Un momento! —gritó el profesor.

Llevaba unas pinzas enormes en la mano y arrancó con ellas aquella masa grasienta, dejando una pequeña huella sangrienta en el cuello de Larry.

Fue entonces cuando intervino Marión.

—¡Déjelo en el suelo, profesor!

Obedeció éste, extrañado, volviéndose para mirar a la muchacha. Marión se acercaba, con un recipiente de cristal en la mano.

—¡Apártese!

Cuando el profesor lo hizo, ella vertió el líquido sobre la esfera que yacía en el suelo. Un olor intenso se extendió por la sala.

—¡Éter! —exclamó Watkins.

—Sí, profesor: éter.

Miraron a la esfera.

¡Se estaba deshaciendo a una velocidad increíble, extendiéndose sobre el suelo, hasta que quedó convertida en un líquido, blancuzco, con un punto negro en el centro!

Milton, que estaba ocupado con Larry, se acercó entonces, seguido por Nick.

—Creo que podremos salvarlo, profesor.

—¿Sí?

—Sí. Llegamos, justamente, a tiempo.

Brady miró la mancha de líquido.

—¿Qué ha sucedido?

Iba Marión a contestar, pero lo hizo en su lugar el profesor:

—La señorita Stone ha sido mucho más lista que nosotros; ¿verdad, Marión?

La joven sonrió.

—Verán. Hacía mucho tiempo que pensaba en emplear el éter, el mayor disolvente de la grasa que existe. Por eso preparé ese frasco.

—Y ha logrado algo más interesante que disolver la grasa… ¡Ha destruido al parásito!

—¿Eh?

—Sí. Ahora ya podemos explicamos muchas cosas, además de tener el medio de terminar con este horrible peligro. Milton.

—Señor.

—Ordene que un equipo lance chorros de éter en el interior de la cámara grande. Descansaremos cuando hayamos destruido a todos esos parásitos.

—Bien.

—Usted, Nick, encárguese de llevar a su amigo a la recepción de mi clínica. Llame una ambulancia.

—Y no tema — añadió sonriendo —. Ese valiente se salvará,

—¡Si no lo dudo, doctor! Larry es de esos hombres que necesitan mucho para decidirse a morir.

* * *

El general estaba con ellos, así como un representante del gobierno.

Se habían reunido en el amplio despacho del profesor.

—Se han destruido — dijo éste —; todos los parásitos que trajo del espacio el chimpancé de nuestra última experiencia. Ahora conocemos ya su naturaleza, así como otras cosas mucho más interesantes.

—¿Está, usted convencido, profesor —- inquirió el general —, de que los parásitos son los mismos que todos esos animales y niños que han producido esa enfermedad?

—Sí. No hay duda alguna.

—¿Cómo es posible que tomasen formas variables?

Watkins sonrió.

—No tomaban forma, alguna, general.

—¿Cómo?

—Lo que usted oye. Los parásitos poseían, sin saberlo, una riqueza enorme de una sustancia, la lecitina, que abunda en nuestro sistema nervioso, en forma de cefalina, principalmente.

»Está casi demostrado que la actividad mental se ve perjudicada cuando hay escasez de esa sustancia, importante para la buena marcha del cerebro. Pues bien, los parásitos eran capaces, y repito que sin saberlo, de hacer, merced a una especie de extrapolación telepática, que ciertos deseos se materializasen en imágenes precisas.

—No comprendo.

—Voy a ponerle un sencillo ejemplo, general: si usted desea ver a una persona querida, a la que hace mucho tiempo que no ha visto, pero que sospecha, por, ejemplo, que se encuentre en Londres, ¿qué ocurrirá?

—Que la buscaré por todas partes.

—Exacto. Usted se paseará por las calles, buscándola ansiosamente, entre el gentío que circula por la ciudad. Es más que posible que cometa usted, algunas equivocaciones, dirigiéndose a

desconocidos, cuyo aspecto se pareen al de la persona que usted anda buscando.

—¡Eso ya me ha pasado!

—Ya me lo imaginaba, porque nos ha ocurrido a todos. En ese momento, cuando usted, lleno de alegría, se dirije hacia lo que cree conocer, nadie podría convencerle de que está equivocado. ¿Es verdad?

—Sí.

—¿Qué ha ocurrido, en realidad?

—No lo sé.

—Se lo voy a decir: usted ha proyectado una imagen sobre otra, con tal fuerza, que ha trasformado la realidad, creando una verdadera alucinación momentánea, con una intensidad tal que usted abraza a aquella persona, como si se tratase de la que lleva en su imaginación. ¿No es así?

—¡Es cierto!

—Bien. En el caso de los parásitos cósmicos, la creación y materialización de un deseo se hacía a expensas de la cefalina del parasito, siendo, por eso, la alucinación, más consistente y permanente.

«Empecemos por el primer caso:

»Un «policeman», Pat Wallace, acaba de regresar de su viaje de novios. Está, por lo tanto, en una especial situación psicológica, en la que la emotividad es su primordial motor. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Durante el final de una ronda, Pat, que no deja de pensar en su joven esposa, a la que desea obsequiar con algo que, como les ocurre a casi todos los enamorados, está fuera de sus posibilidades, tropieza con un parásito, produciéndose 1a primera alucinación.

»Wallace ve una especie de osito, siendo más que seguro que, en sus paseos por su sector, pensase, más de una vez, en regalar algo que vio en una pajarería.

«Lo cogió y se lo llevó a la Comisaría, deseando que el sargento MacMillan le permita llevárselo a casa, aunque no sea más que por unas horas. Todo para alegrar a su esposa.

¡El sargento también vio el oso!

—Sí y no. Yo he tenido ocasión de hablar con MacMillan y sé que no vio, «exactamente», lo que su agente. La influencia del parásito le hizo ver algo, apoyada por las palabras de Pat; pero para él, aquello no fue nunca un osezno, sino un animal raro que no conocía.

—¿Y en los otros casos?

—Los informes del superintendente Holder nos demuestran que no hubo dos personas que viesen la misma cosa: ratas, perros, gatos, monos... Cada uno veía lo que deseaba o temía.

—¡Es formidable!

—Un momento —intervino el enviado del gobierno—. Recuerdo perfectamente que los animales desaparecieron de pronto, empezando a surgir aquellos bebés abandonados.

—Es verdad. Pero no debemos olvidar quiénes fueron los que dejaron de ver los animales. Los informes y reuniones, tanto en la policía como en los servicios de higiene, hicieron saber a sus componentes que aquello que habían visto era falso. Por eso dejaron de verlo.

—¿Y los bebés?

—Fue una segunda fase, cuando muchas mujeres o hombres, deseosos todos ellos de tener familia, plasmaron sus deseos en el parásito. Fíjese que se dieron instrucciones por la radio y la televisión y, desde entonces, «nadie volvió a encontrar bebés abandonados».

»No obstante, los casos de caquexia fulminante siguen llegando a la clínica. Eso significa que los parásitos siguen obrando. Y por las informaciones que recibimos, hemos comprobado que prosiguen obrando por esa especie de extrapolación telepática o alucinosis visual, táctil y olfativa completa.

«Ahora son hombres, mujeres, amigos, vagabundos, los que aparecen en la mente de la gente, convirtiéndose, por la noche, cuando la alucinación es borrada por el sueño, en el verdadero parásito que sacia su hambre en el cuerpo de sus víctimas.

»Lo que ocurrió a Larry nos demuestra la fuerza de esas alucinaciones. Preston creyó encontrarse con una antigua amiga suya y estuvo a punto de perecer, plenamente convencido de que iba a recibir un beso...

Hubo una pausa.

—Sin embargo — dijo el general —, nosotros no hemos tenido nunca esas alucinaciones.

—No las hemos padecido — repuso el profesor — porque «sabíamos de lo que se trataba y veíamos en los parásitos lo que realmente eran». Larry podía haberse salvado si hubiese pensado de esa forma, pero tuve la mala suerte de no prevenirle o prepararle hipnóticamente. Aunque, después de todo, su valor ha solucionado el problema... en parte.

—Sí, porque quedan los parásitos libres a los que hay que exterminar.

—Así es. Después de todo, ya estamos preparados para dar la última batalla. Esta misma tarde, el superintendente va a reunir a todos los agentes, entre los que escogeremos voluntarios para la lucha.

—¿No se dejarán engañar, profesor?

Watkins sonrió.

—No, esta vez les preparamos una sorpresa.

Intervino el representante oficial.

—Profesor — dijo —, informaré al Gobierno de todo lo que ha hecho; pero debo recordarle que todos le agradeceremos que nos libre, en el menor tiempo posible, de esa alucinante pesadilla.

—No se preocupe.

Abandonaron el despacho y Milton, del brazo de Marión, fue hacia las salas.

Momentos después estaban junto a Nick, que no se separaba de la cabecera del lecho donde yacía Larry, aún sin conocimiento.

CAPÍTULO IX



N la sala de reuniones de Scotland Yard, junto al superintendente, Watkins sé puso en pie, mirando a los agentes que estaban sentados en las graderías.

Un grupo de hombres serios ocupaba la primera fila.

—Amigos — dijo el profesor —, vamos a dar la última batalla al peligro que ya conocéis todos, puesto que habréis leído la información que se ha hecho imprimir y que se os ha dado.

«Se ha pensado mucho en esta lucha que hoy mismo iniciaremos, haciendo que los riesgos se limitasen en lo posible; pero, de todos modos, ya se os ha dicho el peligro que es necesario correr.

«No hay modo de atrapar a los parásitos más que de la forma que ya sabéis y que hubo de emplearse, a título de experiencia, con Larry Preston, que nos dio la pauta, exponiendo su vida.

«Por eso, cada voluntario será ayudado por un equipo: un psicólogo, dos médicos y un ayudante de laboratorio, dotado de un aparato para proyectar el éter, sustancia que, como sabéis, destruye completamente al parásito.

«El psicólogo se encargará de hacer qué el voluntario obre en estado hipnótico, ya que sería imposible, sabiendo lo que sabe, que se produjera ese estado alucinatorio que es el verdadero anzuelo para cazar a nuestros enemigos.

«Una vez conseguido el estado hipnótico, el psicólogo creará un deseo fortísimo en la mente del voluntario, dejándolo ir, bajo la vigilancia de un compañero, por las calles de Londres.

«Es evidente que el voluntario llegará a ponerse en contacto con el parásito, llevándoselo entonces a su casa, siempre acompañado por el agente en estado normal.

«Allí, en su domicilio, los dos médicos y el ayudante de laboratorio estarán convenientemente escondidos. Cuando el parásito, una vez duerma el voluntario, o sin dormir, como ocurrió a Larry, se precipite sobre su víctima, el equipo entrará en acción.

«Uno de los médicos arrancará el parásito y el ayudante de laboratorio lo rociará con éter, destruyéndolo. Los dos médicos, entonces, se ocuparán del paciente, llevándolo a mi clínica u otras que ya han sido dispuestas para ocuparse de todos los voluntarios.

»Por otra parte, la lucha civil proseguirá, ya que no podemos permitirnos el dar al público una información completa, cosa que podría producir una alarma excesiva. Por eso se os emplea a vosotros.

«Esperamos que en esta noche se pueda terminar con más del noventa por ciento de los parásitos libres. Lo que hasta ahora hemos estudiado sobre ellos nos demuestra que no se reproducen con frecuencia y que necesitan las especiales condiciones del espacio para hacerlo.

Sonrió.

—Ahora, amigos míos, sólo os pido que se pongan los voluntarios en pie.

Toda la sala lo hizo al unísono,

—Son demasiados. Procederemos a un sorteo.

Pero un hombre corrió, desde su puesto, a la gradería que ocupaba el profesor.

—¡Yo no admitiré sorteo alguno, profesor! ¡Debo ir!

Watkins lo reconoció en seguida.

Era Pat Wallace.

—Sí, amigo. Usted no entrará en el sorteo. Estoy de acuerdo en que debe ir.

—Gracias, señor.

* * *

Watkins se paseaba inquieto, en su despacho.

Junto a la mesa, donde se habían colocado media docena de teléfonos, Milton y Marion recibían las informaciones a medida que llegaban.

—¿Cuántos? —inquirió Lionel.

—Treinta, profesor.

Marión miró al reloj.

—Hace dos horas que empezaron, señor.

—Sí, ya lo sé.

Y volvió a pasearse, encendiendo un nuevo cigarrillo.

Uno de los teléfonos sonó.

—¿Diga?

—Equipo ciento noventa y seis... Hemos matado otro.

—Bien.

Y después de colgar comunicó:

—Treinta y uno, señor.

—Gracias.

Marion, bajando la voz, preguntó:

—¿Cómo sigue Larry, querido?

—Mejor. Esta noche creo que saldrá del coma hipoglucémico.

—¡Tengo unas ganas de abrazarle!

Milton sonrió.

—¿No muy fuerte, eh?

—¿Vas a ser celoso?

—No: pero ya sabes que, como vimos en el auditorio, Larry es un don Juan.

—¡Pobrecillo! Lo que tenemos que hacer es ayudar a esos dos gansos a buscarse una novia y que dejen de ser pilotos de ensayo, ¡Ya se han expuesto bastante!

—Ya verás como sí.

Otro teléfono les interrumpió.

—¿Diga?

—Equipo cuarenta y cinco, situado de guardia en Walton Street.

—¿Qué ha pasado?

—Soy el doctor Cameron. Todo bien, pero no pudimos evitar que el parásito se lanzase sobre mi compañero, el doctor Funguer.

—¿Grave?

—No, como el otro.

—¿Y el parásito?

—Muerto... ¡a Dios gracias!

—Bien.

Cortó.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió el profesor, extrañado de la larga, comunicación.

—El equipo cuarenta y cinco. El parásito atacó, después del voluntario, a uno de los médicos, aunque sin graves consecuencias, gracias a Dios.

—¿Lo han destruido?

—Sí.

Lionel se mordió los labios.

—Es como si se diesen cuenta de lo que estamos haciendo.

— ¿Lo cree así, profesor?

—Es un decir. Pero, a veces, no puedo evitar el pensar que estos parásitos poseen algo semejante a la inteligencia. ¿Qué peligros pueden esperar al hombre cuando salgan al espacio?

Hubo una pausa.

—Da escalofríos — prosiguió — pensar en ello. Y no es solamente el peligro concreto al que estén expuestos los astronautas, sino las horribles e indescriptibles enfermedades que pueden traer a su regreso.

Es verdad.

—¿Qué son los males que ha conocido la humanidad al lado de los que pueden vagar por el espacio? Por mucha imaginación que tenga una persona, jamás logrará hacerse una idea de las monstruosidades que habitan el cosmos, de las formas de enfermedad, que se cobijan en los espacios intersiderales.

«Baste con ver estos parásitos, que no son, estoy seguro, más que una pequeña muestra de lo que puede haber... ¡Es horrible! —Y después de un silencio—. Si yo tuviese poder, haría lo imposible para que el hombre no saliese fuera de la Tierra.

—No lo lograría.

—Ya lo sé... por desgracia.

El teléfono de Marión sonó en aquel momento.

—¿Diga?

—¡Aquí, equipo diez! ¿El profesor Watkins?

—Un momento. Es para usted, profesor.

Lionel se apoderó del aparato, nerviosamente:

—¿Diga?

—Soy el médico del equipo diez, señor. ¡ El paciente se ha escapado!

—¿Cómo?

—¡Mató al policía que le acompañaba, al llegar a su casa y también mató a mi compañero!

—¿Quién era ?

—Un «policeman» llamado Pat Wallace.

—¡Dios mío!

—Iba diciendo que nadie le impediría llevar al osezno a su esposa, que le esperaba en Fulton Street.

—¡Bien! ¡Vamos para allá! Usted no se mueva de ahí.

—De acuerdo, señor.

Dejó el aparato.

—¡Vamos, Milton! Wallace ha matado a dos hombres. El psicólogo debió, sin darse cuenta, despertar recuerdos excesivamente dolorosos en su mente. ¡Pobre muchacho! ¡Y todo por mi culpa!

—¡Yo también voy, señor!

—No, Marion. Quédese aquí.

Y volviéndose al joven médico.

—Coja un pulverizador de éter. Le espero en el coche.

—¡Voy en seguida!

Nunca había conducido como aquella noche. El vehículo recorrió las calles a una velocidad infernal, cogiendo las curvas sobre dos ruedas.

Tuvieron que abandonarlo al llegar a las cercanías del lugar al que se dirigían, ya que la estrechez de las calles, todas ellas muy angostas, impedía el paso del coche.

—¡Vamos!

La oscuridad de costumbre reinaba por aquellas calles. Pronto tomaron la de Fulton, empezando entonces a avanzar con cuidado.

El silencio era impresionante.

Y, sin embargo, estaban seguros de que Pat estaba por allí, oculto en algún rincón, con el parásito en la mano, dispuesto a defender «el regalo» que había prometido a Helen.

Incapaz de esperar más, Lionel decidió romper el silencio.

—¡Wallace! — llamó.

Nadie contestó.

Prosiguieron el avance.

—¡Wallace!

Milton llevaba el pulverizador, dispuesto a intervenir en cuanto

fuese posible hacerlo.

—¡Wallace!

La voz de Pat sonó entonces, desde el fondo de un callejón próximo.

—¡No se acerquen! ¡Nadie me quitará el osezno para Helen!

Se aproximaron, prejuiciosamente.

No se veía nada.

Y una vez en la entrada del callejón.

—¡Escuche, Pat!

Wallace gritó irritado:

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

—¡Escuche! Tengo un osezno mejor que ése para su esposa...

Pat le interrumpió.

—¡No es verdad! ¡Fuera he dicho!

Milton retuvo al profesor.

—Déjeme — dijo en voz baja—. Yo iré pegado a la pared.

—¡Tenga mucho cuidado!

—Sí.

Brady empezó a avanzar, procurando no hacer ruido alguno. Llevaba el pulverizador en la mano e iba pegado a la húmeda pared del callejón, no respirando apenas.

—¡Fuera! — rugió Wallace, desde lo hondo de la calleja.

Milton se detuvo.

Era posible que el «policeman», acostumbrado a la oscuridad, viese algo.

Volvió a gritar:

—¡Fuera!

Se decidió a seguir avanzando.

Y entonces, repentinamente, Pat disparó su arma. El Fogonazo cegó a Milton, pero la bala, nerviosamente dirigida, no !e tocó, destrozando, por el contrario, el pulverizador.

Un olor intenso a éter le envolvió.

Milton ahogó una maldición.

Al oír el disparo, Watkins salió de la esquina, corriendo decidido hacia ellos.

Entonces sucedieron muchas cosas en brevísimos instantes.

Pat se lanzó furioso contra el joven médico, pero Lionel, que llegó en aquel justo instante, se agarró al policía, formándose un grupo confuso, que no tardó en caer al suelo.

Pat gritaba como un poseso.

Los golpes se repartían, a diestro y siniestro, sin que pudiese ser posible discriminar si iban dirigidos a amigos o enemigos. Se luchaba con la misma brutalidad que si fuesen fieras.

Wallace pegaba con ciego furor.

Después de unos instantes, Watkins logró golpear el rostro de Wallace, poniéndose sobre él y separándolo de Milton.

El combate fue duro.

Todavía tardó bastante en zafarse de Wallace, cuya corpulencia y resistencia, eran verdaderamen-te notables. Cuando lo consiguió, poniéndose en pie, sacó la linterna, iluminando la escena.

—¡Dios mío!

Se estremeció.

No era para menos.

Milton yacía en el suelo, inmóvil, con los brazos en cruz.

Una protuberancia, ya grande, crecía, sin cesar, en su cuello.

Comprendió que tenía que obrar rápidamente.

Echando mano a las pinzas, Lionel logró arrancar el parásito; después, en un momento de inspiración, lo arrastró por la superficie del éter que se había vertido y que, no obstante haberse evaporado en parte, llegó a disolver la grasa y destruir, finalmente, el parásito cósmico.

EPÍLOGO

—¡Déjenos entrar, profesor!

Los dos, Larry y Nick, miraron al doctor, con un gesto que era implorante.

—Un momento, muchachos. Todavía no ha vuelto en sí. Marion nos avisará.

Unos pasos fuertes les hicieron volverse.

Por el pasillo, el general Martin avanzaba, dirigiéndose hacia ellos.

Estrechó la mano a todos y dirigiéndose al médico, preguntó:

—¿Cómo está Brady, profesor?

—Mejor. Aunque nos ha costado mucho sacarle... Aquel maldito parásito debía estar ávido de alimento y poco faltó para que matase a Milton. De no haber sido por su corpulencia, no sé si habríamos logrado...

—¡Milton es un tipo formidable! —exclamó Larry —. ¿Cómo quería usted que un simple parásito acabase con él?

Rieron.

—Ahora — dijo el general—, que todo ha terminado, tengo excelentes noticias para todos.

—¿Sí?

—Sí. El Gobierno piensa reunirlos a todos ustedes para demostrarles, públicamente, el agradecimiento que se merecen.

Nick hizo un guiño.

—Eso me huele a medallas — dijo.

—Claro que sí; pero no serán sólo las medallas. Para vosotros dos, la libertad...

—¿Qué significa eso?

El general miró al doctor.

—Eso se lo debéis a Marion y Milton.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que ellos me hicieron una petición y yo creí que debía hacerse.

Larry protestó:

—¡Por favor, señor! ¡Nos tiene usted sobra ascuas, intrigados!

—Bueno. Había prometido no decir nada hasta el día de la reunión, pero voy a faltar a mi promesa.

—¿De qué se trata?

—El Gobierno os entregará la dirección de una da las más importantes Compañías Aéreas, de las que seréis, al mismo tiempo, copropietarios.

—¿Eh?

—Eso es todo.

— ¿Cómo? ¿Qué vamos a dejar de ser pilotos de ensayo?

—Sí.

—¡Maldita sea! ¿Y dice usted que todo eso es obra de Milton?

—Así es.

—¡Déjeme pasar, profesor!

—¿Para qué?

—Porque ese granuja no va a despertar nunca más. Lo voy a desmoronar de un puñetazo.

Rieron.

Momentos después, la puerta de la habitación se abría, apareciendo Marion, sonriente, en el umbral.

—Ya pueden pasar — dijo.

Entraron.

En el lecho, ligeramente incorporado, Milton les miraba, con una débil sonrisa en los labios.

—¡Hola! — saludó.

El general se acercó al lecho.

—Todos estamos orgullosos de usted, Milton.

—No es para tanto, general.

—Sí. Ustedes tres; es decir, ustedes cuatro, sin contar al profesor, que ha sido el alma de la empresa, han hecho posible esta gran victoria. Toda Inglaterra y el mundo entero les agradecen lo que han hecho.

—Hemos cumplido con nuestro deber.

El general sonrió.

—Tengo otra noticia para ustedes. A pesar de su habilidad en borrar las marcas del cohete que llevo a Poitier, nuestros técnicos han conseguido descubrir la nacionalidad del aparato.

—¿Es posible?

—Sí.

—¿De dónde era?

Martin volvió a sonreír:

—No puedo decirlo; pero pueden estar seguros de que esa gente recibirá su merecido. Es posible que los hombres, por temor a una guerra, no les hagan pagar su crimen. Pero éste es de los que la Providencia no deja nunca impunes.

Hubo un silencio.

—Debo irme — dijo el general —. Nos veremos muy pronto, ¿verdad?

El profesor respondió:

—Dentro de quince días podremos dar de alta a nuestro paciente; es decir, a nuestros pacientes.

—¿Quién es el otro?

—El pobre Wallace. El departamento de psiquiatría lo ha curado por completo.

—¡Pobrecillo! Ya solicité al Gobierno un perdón completo. Además, no podían castigarle por algo que hizo en estado hipnótico.

—Saldrá nuevo.

—Bueno — estrechó nuevamente la mano a todos —. ¡Hasta la vista!

—¡Adiós, general!

Fue Larry el que se acercó al lecho.

—Ya me he enterado de la que nos has jugado a Nick y a mí; pero, por el momento, me das lástima. Ahora sí, en cuanto estés de pie, voy a desafiarte a cinco asaltos... ¡Y te dejaré fuera de combate!

—Aceptado el reto, Larry.

Marión se acercó a Brady.

—Tendrás que pedirme permiso, Milton. Ya tendrás peleas suficientes cuando nos casemos.

—¿De verdad?

—De verdad..

Ella se acercó a él y Milton, echándole los brazos al cuello, la atrajo hacia sí, besándola con pasión.

Larry se rascó la cabeza, mirando a los otros.

—¿Qué te parece? — inquirió Nick.

—Una barbaridad — dijo Larry —. Pero, de todos modos, es mucho más agradable que el beso que aquella muchacha iba a darme en la cámara... ¡Nunca tuvimos suerte, muchacho! Tendremos que hacernos médicos.

Marión se volvió.

—No será necesario. Esta tarde he citado a dos de mis amigas que están deseando conoceros. Desde que se han enterado de que vais a dejar de ser «locos del aire», están dispuestas a haceros caso.

Larry cogió a Marión, levantándola por los aires.

—¡Eres maravillosa, Marion! ¡Preséntame a una chica y le demostraré lo que soy capaz de hacer... esta vez sin escafandra!



¡Usted no leerá el próximo número de esta colección…

¡LO DEVORARA!

El

Principio

del

Edén

En cada una de sus páginas está agazapada la emoción, el interés, el arañazo de lo imprevisto...

EL PRINCIPIO

DEL EDEN

Un relato que pondrá un escalofrío de terror en su nuca.

Es una novela del genial CLARK CARRADOS.





Bajo la lluvia destructora de las mortíferas armas modernas…

Surcando el cielo en los modernos aviones; buceando con los más atrevidos ingenios las procelosas aguas de los mares…

Aguardando la muerte en el fondo embarrado en una trinchera…

EL HOMBRE CONSERVA TODAVÍA EN SU ALMA LA FLOR INMARCESIBLE DE LA ABNEGACIÓN, DE LA INTEGRIDAD, DEL AMOR A LA PATRIA Y DEL SENTIDO DEL DEBER.

Colección
HAZAÑAS BĖLICAS

Le ofrece los más emocionantes relatos llenos de VERISMO, INTRIGA Y VIOLENCIA, pero…

SUS PROTAGONISTAS, HUMANOS, DECIDIDOS Y VALEROSOS, LUCHAN SIEMPRE AL SERVICIO DEL BIEN, EN DEFENSA DEL OPRIMIDO Y CON LA ESPERANZA DE UN MUNDO MEJOR.

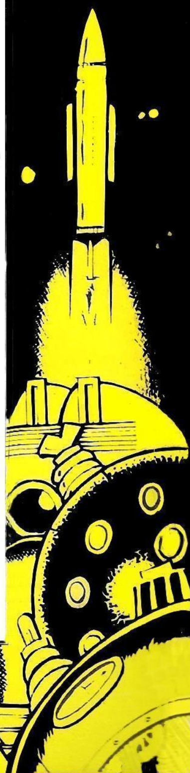
Colección
HAZAÑAS BĖLICAS

Narraciones de avasalladora y palpitante actualidad que usted leerá emocionado y con el ánimo en suspenso.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

129. — ¡Guerra a los termófagos! — *H. S. Thels*.
130. — Jinete en el cielo. — *Clark Carrados*.
131. — Dimensión imposible. — *Law Space*.
132. — Conquistarás la Tierra. — *Clark Carrados*.
133. — Dos cerebros iguales. — *Walt G. Dovan*.
134. — Trampa en los asteroides. — *H. S. Thels*.
135. — Starman (El hombre de las estrellas). — *C.Carrados*.
136. — Regreso al futuro. — *Law Space*.
137. — El planeta de los hombres de oro. — *C. Carrados*.
138. — Locura espacial. — *H. S. Thels*.
139. — Mundo de paz. — *Clark Carrados*.
140. — El fin del mundo. — *Law Space*.
141. — El gran peligro. — *Roy Silverton*.
142. — Espía de Sirio. — *Clark Carrados*.
143. — Yo, el monstruo. — *Johnny Garland*.
144. — La reina de las estrellas. — *Clark Carrados*.
145. — La venganza del cerebro. — *Law Space*.
146. — El mito de Fausto. — *H. S. Thels*.
147. — ¡Estaban con nosotros! — *Law Space*.
148. — El fin de Lemuria. — *H. S. Thels*.
149. — ¡Hola, terrícola! — *Law Space*.
150. — Ventana al futuro. — *Clark Carrados*.
151. — Mundo hostil. — *H. S. Thels*.
152. — Jaque mate — *Law Space*
153. — La ciudad monstruosa — *H.S. Thels*
154. — Parásitos cósmicos — *Law Space*





Escena de la película LOS PUENTES DE TOKO-RI, de Paramount Pictures

Precio en España: 6.— ptas. En Argentina: 8 pesos